

ESTUDIOS LITERARIOS

POR

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

Obispo de Ibarra

~~~~~  
*PRIMERA SERIE*  
~~~~~

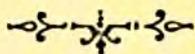
QUITO - 1896



IMPRENTA NACIONAL.

Palacio de Gobierno

ADVERTENCIA

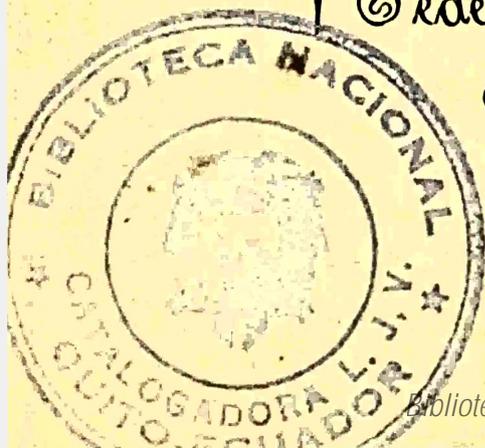


Con el título general de **Estudios Literarios** damos á luz en este volumen algunos escritos, que conservábamos inéditos, y que hemos resuelto publicar, condescendiendo con las instancias de algunas personas á quienes les eran conocidos. Si las graves ocupaciones de nuestro sagrado ministerio nos permitieren revisar, corregir y ordenar nuestros manuscritos, haremos imprimir los opúsculos restantes.

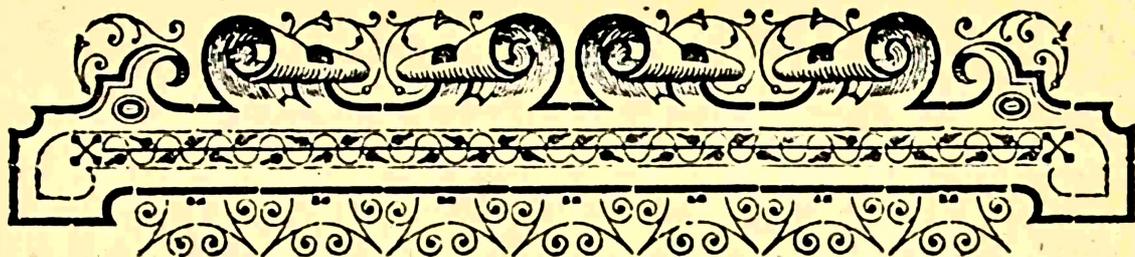
Ibarra, Noviembre de 1896.

† Federica González Suárez,

OBISPO DE IBARRA.







BELLEZA LITERARIA DE LA BIBLIA



Dos palabras

La Biblia es no solamente un libro sagrado, sino un libro literariamente hermoso: contiene la palabra de Dios revelada á los mortales y es, sin disputa, el libro más bello entre todos cuantos libros se han escrito en el mundo. Ya San Jerónimo pondera-

~~~~~  
ba en su tiempo el mérito de los Salmos, considerados como poemas líricos; y después del Santo muchos autores gravísimos han celebrado las excelencias literarias que embellecen nuestros Libros sagrados.

Desde fines del siglo pasado ha habido escritores notables, que han compuesto obras con el objeto de analizar los Libros poéticos de la Biblia. Calmet en sus eruditas Disertaciones, y Fleury en sus Discursos trataron de la poesía de los Hebreos. La-Harpe escribió para demostrar que los Salmos, como obras poéticas, merecían figurar no sólo en el mismo grado que las producciones de la antigüedad clásica, sino en un grado muy superior á ellas. Sus *Reflexiones* sobre el mérito poético de los Salmos son dignas de elogio, por la sincera convicción con que están escritas.

La obra del obispo anglicano Lowth sobre la *Poesía sagrada de los Hebreos*, fué un verdadero acontecimiento literario, y no ha habido crítico de nota, que no la haya estudiado y aplaudido. Igual éxito alcanzaron en Francia, á mediados del siglo presente, los *Estudios literarios* de Monseñor Plantier, Obispo de Nimes, sobre los *Poetas bíblicos*. El docto prelado francés trató su asunto con todo el aparato de la elocuencia, aprovechándose de las circunstancias en que pronunciaba sus lecciones: el aplauso que éstas merecieron, oídas en la Academia católica de Lyon, fué secundado por el que obtuvieron de la crítica ilustrada tan luego como vieron la luz pública por la imprenta.

Ya antes que Monseñor Plantier, un distinguido escritor protestante, el célebre Herder había tratado de la

~~~~~

poesía de los Hebreos en una obra, que en Alemania fué muy aplaudida. Herder, consecuente con su sistema religioso naturalista, examinó la poesía de la Biblia desde un punto de vista equivocado; y, á su manera, hizo con los Salmos y con los cánticos bíblicos lo que los cortesanos de Baltasar hicieron en Babilonia con los vasos sagrados del templo de Jerusalén, cuando bebían en ellos el vino, con que habían ofrecido libaciones á sus dioses. En la obra del crítico alemán abundan observaciones literarias atinadas, pero no escasean errores respecto á la inteligencia de las verdades dogmáticas enseñadas en la Biblia.

El famoso escritor católico De-Maistre y el no menos autorizado historiador italiano César Cantú han tratado también de la poesía hebrea;

~~~~~  
el primero, como por incidencia, en sus *Veladas de San-Petersburgo*, y el segundo de propósito en su *Historia Universal*: ambos dicen poco, pero sus observaciones equivalen á extensos tratados, por lo juiciosas y por lo doctas. ¿Quién no conoce el ingenioso y brillante discurso del Marqués de Valdegamas sobre la Biblia? ¿Habrá alguien que no haya leído las hermosas páginas de Chateaubriand acerca del mérito poético de la Biblia comparada con Homero?..... Aunque menos conocidas, no, por eso, son menos apreciables las observaciones de Rollín en su *Tratado de los estudios*, que, sin duda, tuvo presente el autor del *Genio del Cristianismo*.

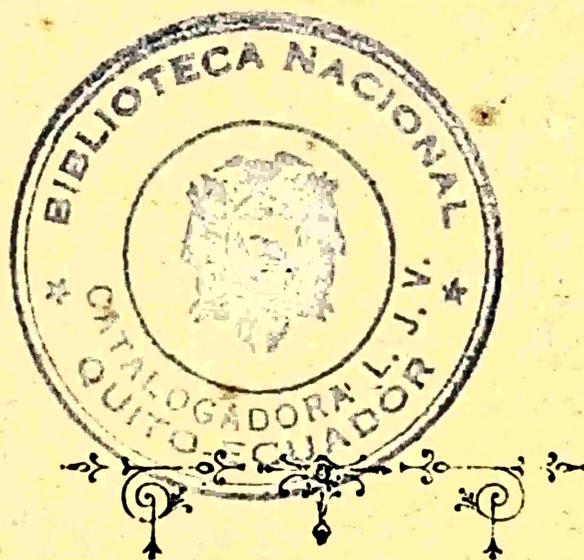
En la misma Francia hay muchos otros libros sobre la literatura de la Biblia: citaremos ahora solamente el

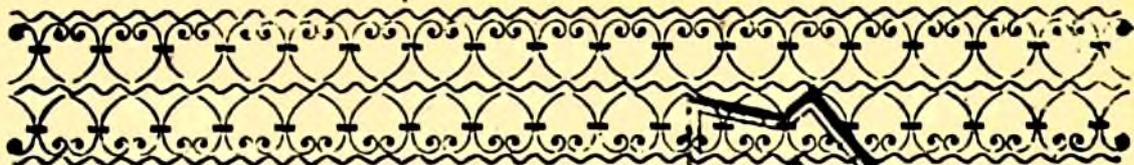
del Abate Villaume titulado *El Oriente y la Biblia*, tan recomendado por el Conde Montalembert.

Todas estas obras, escritas para poner de manifiesto los primores de la poesía de la Biblia, son una prueba del mérito literario indisputable de nuestros Libros santos y justifican el título que hemos dado á nuestro opúsculo.

Nuestro trabajo se reduce á unas cuantas reflexiones sencillas, presentadas á la ligera, sin pretensiones doctrinales de ningún género y con el único propósito de manifestar cuánta es la admiración que nos inspira la sagrada Biblia, y cuán profunda nuestra veneración á la palabra de Dios en ella contenida. Si alguien, leyendo nuestro escrito, se sintiere animado de una estimación mayor á nuestros Libros santos, nos felicitaremos,

alegrándonos del éxito de nuestra publicación. ¿A qué ha de aspirar un escritor católico, sino al bien de sus semejantes y á la gloria divina? Tales son ahora nuestras aspiraciones, y nunca han sido otras.





BIBLIOTECA NACIONAL  
QUITO-ECUADOR

## CAPITULO PRIMERO

### De los libros escritos en prosa

Definición de la Biblia.—División de los libros sagrados en clases, considerados literariamente.—Belleza en general.—Libros históricos.—Excelencia literaria de estos libros.—Libros doctrinales.—El Nuevo Testamento.—Discursos de Nuestro Señor Jesucristo.—Libros proféticos.

#### I

La Biblia ó el Libro por excelencia es un conjunto de libros, escritos, bajo la inspiración de Dios, por diversos autores y en muy distintos tiempos: divídese en dos grandes secciones, llamadas *Antiguo Testamento* y *Nuevo Testamento*.—El Antiguo

Testamento contiene todos los libros divinos anteriores á la venida del Hijo de Dios al mundo; y el Nuevo, los cuatro Evangelios y los otros libros escritos por los Apóstoles y Discípulos de Jesucristo.

En el Antiguo Testamento hay libros históricos, libros doctrinales y libros poéticos.

Libros históricos son el Génesis, el Éxodo, los Números, Josué, los Jueces, Ruth, los cuatro de los Reyes, los dos del Paralipómenon, los de Esdras, el primero y el segundo de los Macabeos, y los de Ester, Judit y Tobías.

Libros poéticos son el de los Salmos y El Cantar de Cantares.

Entre los libros doctrinales pudieran incluirse el Levítico, el Deuteronomio y los llamados *Sapienciales*, á saber: Los Proverbios, el Eclesiastés, la Sabiduría y el Eclesiástico.

En los Libros de los Profetas y en el de Job hay parte histórica, parte doctrinal y parte poética.

---

La división que acabamos de hacer de los libros del Antiguo Testamento no es muy rigurosa ni muy exacta, y la empleamos considerando la Biblia solamente desde un punto de vista literario.

El Nuevo Testamento contiene libros históricos y libros doctrinales: los cuatro Evangelios y los Hechos Apostólicos son libros de historia: las Epístolas de los Apóstoles y aún el mismo Apocalípsis deben ser mirados como doctrinales.

¿Hay en la Biblia belleza literaria? La Biblia es no solamente un Libro sagrado y como sagrado superior á todo otro libro profano, sino también un libro hermoso, con una belleza literaria encantadora. Mas hay quienes no sienten esta belleza, porque tienen dañado el gusto: su teoría acerca de la belleza literaria es equivocada, y, como no conocen otra belleza que la de las formas retóricas convencionales, desechan lo que á su parecer carece de belleza. Conviene, por lo mismo, adquirir un criterio literario recto y depurar el

gusto; ni se ha de confundir nunca la excelencia literaria de la forma con la belleza sustancial del fondo en las obras literarias, ya estén en prosa, ya estén en verso.

Casi toda la Biblia fué originalmente escrita en idiomas asiáticos: tradújose primero al griego y después al latín. La traducción latina no se hizo directamente de los idiomas originales sino de la versión griega al latín del siglo primero de la Iglesia; y, aunque más tarde trabajó en corregirla San Jerónimo, muy versado en el conocimiento del hebreo y del caldeo; con todo, el Santo no quiso rehacer la traducción antigua, sino mejorarla dándole más corrección en el lenguaje latino, en cuanto fuera posible, y mayor exactitud en la expresión de las ideas contenidas en el texto sagrado original.—Esta traducción es la que tenemos como auténtica: llámase *Vulgata latina*, y de élla afirmamos que contiene tantos primores literarios que, aun bajo ese respecto, es un libro incomparable.

Mas, ante todo ¿en qué consiste la be-

lleza literaria?—Así como, para juzgar acerca de las cosas corpóreas, es necesario tener sanos los sentidos y aplicarlos bien; así, para discernir la belleza literaria de los meros adornos retóricos, es indispensable haber educado esmeradamente aquel sentido espiritual, con que percibimos la belleza en las obras de arte. En nuestra alma hay una cierta disposición natural para recibir impresiones suaves y placenteras con la presencia de algunos objetos: esa aptitud para ser impresionados agradablemente es lo que constituye el sentimiento de lo bello. Mas esta disposición natural de nuestro espíritu puede ser educada y mejorada y, como si dijésemos, afinada con la reflexión, con la continua contemplación de objetos hermosos y con el estudio de las reglas mejores para la expresión de la belleza.

Entre las reglas conviene distinguir las que se refieren á la naturaleza íntima de lo bello, de las que miran tan sólo á ciertas condiciones accidentales en la manifesta-

ción artística de la belleza. Por esto, si examináramos la Biblia según las reglas generales de la Retórica y Poética de las escuelas, no encontraríamos en ella belleza literaria, y nos desagradaría precisamente la ausencia de todo aparato artístico, en que consiste uno de los secretos de la hermosura literaria de la Biblia. Las reglas de la Retórica y Poética de las escuelas se han deducido del estudio de las obras maestras de los escritores griegos y latinos de la antigüedad clásica; y, aunque esas reglas sean exactas, con todo, se les ha dado un rigorismo contrario á la naturaleza verdadera de lo bello. Han errado, por lo mismo, aquellos críticos que en la Biblia se han empeñado en hallar y en señalar las clasificaciones literarias del sistema retórico-poético de la escuela clásica. En la Biblia no hay discursos ciceronianos ni historias á lo Tito Livio: tampoco odas horacianas, ni églogas como las de Virgilio, ni poemas épicos, ni elegías: ¿qué hay en la Biblia?—En la Biblia hay belleza, y

---

esa belleza ha sido expresada con el lenguaje más natural y más conveniente á cada asunto.

## II

En los libros históricos se admira una naturalidad y una sencillez extraordinarias: nada hay en el estilo que no sea natural y muy espontáneo. Ningún artificio, ningún amaneramiento; pero, con esa candorosa sencillez del estilo, con esa amable naturalidad se hermanan la nobleza, la dignidad y un decoro sobrenatural, que, dejando desnudas las cosas más delicadas, ni ofende el pudor ni lastima la decencia. Esta es una dote tan propia y tan exclusiva de la Biblia, que le pertenece sólo á ella y no á ningún otro libro: es como la púdica desnudez de esos grupos de ángeles, que en forma de niños tiernos adornan el santuario en los templos católicos. En esto la Biblia es singular, es única, no tiene semejante.

Las narraciones históricas, á pesar de su sencillez, abundan en pormenores; y á veces están hechas con una prolijidad minuciosa, sorprendente: el arte clásico convencional huía, como de un escollo, de la abundancia de pormenores: exigía en la narración una etiqueta literaria muy cortesana, en la cual los encantos de la vida doméstica se proscribían como ajenos de la belleza literaria, y así jamás descendía á narrar circunstancia alguna de familia: el hogar no era bello en el sentido retórico convencional. En la Biblia esta clase de narraciones abunda: pudiéramos citar todo el Libro de Tobías y la Historia de Ruth, la moabita. ¿Qué descripción más minuciosa, que la de la llegada del joven Tobías, cuando regresaba de su viaje á Rages? Ese perro, compañero fiel de camino, que marchaba delante del Arcángel Rafael y del joven viajero á la ida, y que á la vuelta se adelanta y es el primero que entra en la casa, para anunciar la llegada de su amo, ¿no es muy doméstico? . . . . .

Nada falta á esta narración, dice Rollín; y la Escritura, para aumentar su naturalidad, no ha omitido ni la circunstancia del perro, que no podía ser más natural. No hay belleza sin verdad ha dicho Boileau: ¿no podríamos decir nosotros, no hay' belleza donde falta la naturalidad? . . . .

La narración del viaje del adivino Balaan, en el Libro de los Números, es admirable: asistimos á las conferencias de los enviados del rey de Moab con el falso profeta; lo vemos cómo va caminando, presenciamos el milagro de la aparición del Angel, en la vereda estrecha, entre los viñedos, y somos testigos del estupor de la borrica, de su carrera y de aquel arrimarse á la cerca, asustada con la vista del Angel: ¿qué narración más natural? Pero ¡cuánta belleza en esos pormenores, que, con ser tantos y tan minuciosos, ninguno está por demás, ninguno es ocioso, ninguno superfluo!

Otro de los primores de la narración bíblica es carecer de todo artificio. Villmain decía, que lo supremo del arte

---

consistía en ocultar el arte; y nosotros creemos que esta excelencia literaria no se encuentra sino en las narraciones bíblicas. Todas han sido hechas sin pretensiones literarias: los autores sagrados han narrado con aquella misma naturalidad, con que trinan y gorjean las aves; y las narraciones de la Escritura son bellas, como los cantos sabrosos y no aprendidos de los pajarillos, según la graciosa expresión de Fray Luis de León.

Ninguno de los escritores sagrados debe ser comparado con los historiadores clásicos, ninguno: esa comparación sería absurda. El Templo de Salomón fué único y sin rival en el mundo; así es la Biblia, sin ejemplar y sin semejante en su majestuosa sencillez.—En todas las narraciones históricas profanas, por más diestros que hayan sido los esfuerzos hechos por el historiador para ocultarse, siempre deja entrever su mano; se lo conoce, se advierte su presencia tras el velo del arte; en la Biblia no hay artificio alguno; todo es

candor, sencillez, naturalidad; y, sin embargo, la persona del escritor desaparece, nos olvidamos de ella, fascinados por la misma sencillez de las narraciones. Algunas de éstas son tan animadas, tan dramáticas, que las escenas reviven ante nuestros ojos, á medida que vamos leyendo: tales son, por ejemplo, el encuentro de José con sus hermanos, en el Génesis; el nacimiento de Moisés y la manera cómo fué salvado por la hija de Faraón, en el Éxodo. Pero, bajo este respecto, el Evangelio, sobre todo, el de San Juan, es el libro histórico más patético de la Biblia. La narración del milagro de la resurrección de Lázaro tiene una frescura inmortal: diríamos que esas páginas están humedecidas por las lágrimas adorables que vertió el Hombre-Dios en la muerte de su querido amigo Lázaro. ¿Quién puede leer esa narración, sin conmoverse? Sin embargo, naturalidad más sencilla es imposible: lo sublime era familiar para la pluma de San Juan. ¿Dónde está ahí el arte? Si examináis



~ ~ ~ ~ ~  
esa narración, según los preceptos retóricos, la encontraréis defectuosa, aunque en verdad, sea una obra acabada y perfecta: todos los esfuerzos del arte humano habrían sido impotentes para trazar una página igual.—Si bien se mira, la sola narración del hecho es una prueba admirable de la realidad del milagro.

En el Evangelio de San Lucas, y principalmente en los Hechos de los Apóstoles, escritos por el mismo Santo, hay corrección en el lenguaje y una cierta elegancia en el estilo. Se conoce que era un docto el que escribía bajo la inspiración de Dios. ¡Qué narración tan encantadora la del nacimiento del Redentor y la de la adoración de los pastores al Niño Dios recién nacido!—¿Por qué no decirlo? Cada vez que hemos oído cantar esas narraciones del Evangelio de San Lucas, en la noche de Navidad, en medio de las augustas ceremonias de la Sagrada Liturgia, hemos sentido un encanto indefinible: cada año nos han parecido nuevas, como si

entonces las hubiésemos oído por la primera vez, y, oyéndolas, nuestra alma se ha regocijado con aquella santa alegría, que se halla en la revelación de lo sobrenatural! . . . ¡Oh! Señor! la Biblia es un libro bello, el más bello de los libros! En sus páginas inspiradas hay uno como reflejo de la hermosura increada de su Autor!

Si en una historia debe el historiador retratar fielmente á la nación ó al personaje, cuya historia escribe, decidme ¿cuál otra historia puede compararse con la Biblia? Si exigimos verdad en la historia, las narraciones históricas de la Biblia son veraces, exactas y fieles: si la historia ha de ser imparcial, ninguna obra histórica puede disputar ese mérito á la Biblia: sus narraciones históricas no son alabanzas ni vituperios; refiere lo bueno y lo malo, y cuenta las virtudes y los vicios. Un escritor profano hubiera callado la caída de David, y no habría dicho ni una palabra de la idolatría de Salomón, los dos más

~~~~~

grandes monarcas de Israel: ¿cómo deslustrar su gloria? ¿Cómo echar sombras sobre el esplendor de reinados tan famosos? Así habría discurrido un historiador profano; pero la Biblia es inexorable, y dijo la verdad, porque sólo la verdad honra á Dios.

Hermosean mucho la historia las descripciones hechas con naturalidad y exactitud; y descripciones de esta clase no escasean en la Biblia: la del Diluvio universal y la de la bendición de Jacob disfrazado de Esau, en el Génesis, son bellísimas: la de la construcción del templo y su dedicación, en el Libro tercero de los Reyes: la de los convites de Asuero, en el Libro de Ester: la del martirio de San Esteban en los Hechos de los Apóstoles, no tienen rival en ninguna historia clásica. ¿Habrá una descripción más admirable de las expediciones de Alejandro Magno, que la que, en cortos pero sublimes rasgos, hace el autor del Libro primero de los Macabeos?.....

¿Buscamos caracteres morales bien descritos? Pues la Biblia los tiene de mano maestra: el del Patriarca José, en el Génesis; he ahí un modelo acabado. Niño en casa de Jacob, contando candorosamente sus sueños misteriosos: joven, puesto al servicio de Putifar: preso en la cárcel: virrey de Egipto, y luego recibiendo á sus hermanos, dándose á conocer á ellos, saliendo al encuentro de su padre, siempre es el mismo, sencillo de alma, generoso de corazón.

El carácter de David, tal como nos lo describen los Libros primero y segundo de los Reyes, tiene indisputable hermosura moral: sus cualidades distintivas son el valor y una ternura. Como valeroso, como esforzado, David es siempre un héroe: en el combate, sereno, intrépido, denodado; á su espada nada resiste, todo se le rinde; pero ese corazón tan fiero, tan arrogante, es blando y tierno, sabe amar con desinterés, sabe perdonar con generosidad: si comete un crimen, luego se arrepiente y se

~~~~~  
avergüenza. ¿Qué escena más admirable que la del encuentro con Abigail, cuando esta esposa discretísima salió á calmar á David, que iba encolerizado contra Nabal?

Pero ningún carácter se halla más diestramente trazado ni es más sorprendente en la Biblia, que el de Moisés.—¿Qué figura histórica tan grandiosa la del Legislador de los Hebreos! Sabio, prudente, manso: si se aira, es porque el pueblo ha idolatrado; pero luego se pone á contender con Dios mismo y á hacerle violencia, para que no castigue al pueblo prevaricador. Poeta sublime, historiador excelso, Moisés no tiene igual ni semejante entre los mismos Profetas de Israel: esos varones prodigiosos giran en torno de Moisés, como los planetas al rededor del Sol, recibiendo del gran Legislador de su pueblo la claridad con que brillan en la historia de la divina revelación!!

Lo delicado, lo tierno, lo noble, lo patético en la Biblia se encuentra; y puro y limpio de escoria y acrisolado: la narra-

~~~~~  
ción del sacrificio de Isaac es sublime: aquel silencio de Abrahán, cuando su hijo le pregunta por la víctima del holocausto, no puede ser más patético. He aquí la leña; he aquí el fuego; he aquí el cuchillo, dice Isaac á su padre: y la víctima, dónde está? ¡Hijo mío, Dios se la proveerá, le contesta Abrahán. Ese *hijo mío* ¿no es una expresión de mucha ternura? No es patética? ¿No será sublime? ¡Qué diálogo tan sencillo entre la víctima y el sacrificador! Ese hijo, que era la víctima señalada por Dios; y ese padre, que en la montaña misma del sacrificio todavía no tenía valor para descubrir á su hijo la orden terrible de Dios Hay una sublimidad patética en la reticencia de Abrahán y en esa lacónica respuesta dada á su hijo. ¿La víctima? ¡Dios se la proveerá, hijo mío! !

Ejemplos de la más exquisita ternura en el amor paternal nos ofrecen Jacob, lamentándose por su hijo José; y David, dando ayes y plañendo por Absalón. Jacob sa-

le como de un sueño, según la frase de la Biblia, cuando le anuncian que vive José, el hijo, cuya muerte hacía muchos años estaba llorando: David gime por el hijo que le había hecho traición, por Absalón, el rebelde, el sanguinario.

La Biblia ha santificado la amistad celebrando la de David con Jonatás, y, sobre todo, la de Jesucristo con la dichosa familia de Betania, formada por Marta, María y Lázaro. ¿Qué afecto puro hay en el corazón humano que la Biblia no lo haya ennoblecido y santificado? ¿Os parece que la Religión condena el dolor? ¿Creéis que reprueba el pesar? ¿Teméis cometer una falta, cuando lloráis por vuestros queridos difuntos? ¡Tranquilizaos! Abrid la Biblia y leed! ! Jesucristo se llena de dolor por la muerte de Lázaro; Jesucristo hinche de lágrimas sus ojos divinos y llora, viendo llorar á las dos hermanas del muerto *Et lacrymatus est Jesus!*

El amor patrio, llevado hasta el heroísmo, sostenido con sacrificios innumerables,

virtud es, virtud de almas nobles, de corazones bien puestos; virtud recomendada por la Biblia: ¿qué fué la hazaña de Judit sino patriotismo? ¿Qué el sacrificio de Ester, sino patriotismo? Los dos Libros de los Macabeos no son sino la historia del amor patrio, que se afana, que se agita, que se inmola. ¿Quién puso la espada guerrera en la mano esforzada de los Macabeos sino el amor de su suelo natal, de su pueblo y de su religión?

La familia, que es el principio y el fundamento de la sociedad política, de la civil y de la religiosa, ahí está en la Biblia, descrita, honrada y sublimada sobre toda ponderación en la Historia de Tobías, ese no diremos relato, sino poema doméstico, idilio del hogar, santificado por dos castos amores, el conyugal y el maternal. Búcaro de siemprevivas, que ninguna intemperie marchita; hacesillo de hierbas olorosas, que con su fragancia dejan perfumada la mano del que las toca

Ningún amor es más sagrado que el

maternal: ¡qué madres las de la Biblia! Ana, madre de Samuel; la otra Ana, madre de Tobías el joven; Agar, la esclava egipcia, la madre de Ismael: ¿puede la literatura clásica presentar algo más hermoso? Homero fué delicado, cuando describió la despedida de Héctor y de Andrómaca en la Iliada; pero Astiajes, llevado en brazos por Andrómaca, no es tan patético como Ismael, que agoniza de sed en el desierto: Andrómaca es una madre tierna; Agar es una madre, cuya ternura por su hijo le quita la vida. Las mujeres de la Biblia son tipos de belleza moral incomparable: Susana, de fidelidad conyugal; Ruth, de compasión y de desinterés, y la madre de los Macabeos, de fortaleza sobrehumana. Ese amor maternal tan heroico no era ni siquiera posible en el paganismo. Sería muy digna de consideración la Biblia, si solamente nos hubiera hecho conocer las virtudes de la mujer.

En el Evangelio tenemos el complemen-

~~~~~  
to de este punto, cuya trascendencia moral es indisputable: la rehabilitación de la mujer después de caída en la deshonra. Magdalena es la heroína del arrepentimiento generoso: la mano divina del Salvador se tiende hacia ella, la toma con bondad y la levanta del fango escandaloso en que yacía hundida, para sentarla á sus pies, cambiada en penitente voluntaria: allí está, embriagada de amor místico, sin acertar á separarse de los pies del Maestro celestial.—Entre tanto, la fragancia del aroma misterioso, con que ha ungido la cabeza de Jesucristo, se dilata al través de los siglos, difundiendo el buen olor de sus virtudes.—Una vez más: ¿se hallará en la literatura clásica una figura que pueda compararse con la penitente del Evangelio? Virgilio, el tierno poeta del amor apasionado, creó en su Dido el tipo más cabal de la mujer, que lleva en su pecho la honda llaga abierta por el desdén, por el cariño mal correspondido: la cuitada reina de Cartago encendió con sus propias



~~~~~

manos la hoguera en que había de poner fin á su vida y remedio á su pasión. La Musa latina no acertó á inventar una escena más patética ni más apasionada: poetizó la desesperación! ¿Qué hizo el Evangelio? En María Magdalena presentó el modelo del arrepentimiento: ved ahí esa virtud, esa virtud, el arrepentimiento, que desconoció el paganismo y que ha inspirado Jesucristo, haciendo de la esperanza una de las principales virtudes, con que es regenerado el corazón humano!!.....

III

Examinados los Libros históricos, estudiemos ahora los doctrinales.

El fondo de la doctrina es divino y contiene la revelación sobrenatural, hecha por Dios á los hombres. En la Biblia se encuentra la respuesta á todas las preguntas, que el hombre puede hacer respecto de las cosas, cuyo conocimiento le es moral-

mente indispensable: la Biblia plantea y resuelve, con claridad y precisión, todas las cuestiones relativas á Dios, al hombre, á su fin aquí en la tierra, al alma humana, á su destino sobrenatural, á la sociedad, al linaje humano y al mundo. Lo que la Filosofía no acertó á explicar lo ha esclarecido la Biblia: lo que la Filosofía ignoró lo ha enseñado la Biblia: lo que la Filosofía confesó que no podía conocer lo ha revelado la Biblia.

El estilo de los Libros doctrinales del Antiguo Testamento es sentencioso: cada máxima se expresa en una sola cláusula; y así la serie de los pensamientos forma una cadena de oro, en que las piedras preciosas realzan el brillo y la hermosura del metal en que han sido engastadas. Unas veces emplea graciosas alegorías: otras la máxima se expresa en metáforas de clara inteligencia: ya se vale de una comparación, ya usa de la forma interrogativa, dando así amable variedad á la enseñanza moral.—En algunas ocasiones, como en el

Libro del Eclesiastés, toma la corriente doctrinal un giro inesperado: con grave y sombría elocuencia pondera la inútil vanidad de todas las cosas de la tierra, y manifiesta en frases de una hermosura varonil y severa, cuánto desabrimiento dejan en el corazón humano los placeres mundanales. Hay páginas en que parece que Salomón quisiera enseñar el escepticismo y el desprecio de la vida: jamás labios humanos han vertido tanta amargura, después de haber saboreado tantos deleites... Pero, no; esa descripción de la vanidad de todas las cosas de la tierra le sirve al rey sabio para inculcar el temor de Dios y la esperanza de los bienes de ultratumba, que no fastidian nunca y que no perecen jamás. En el Libro de los Proverbios, en el de la Sabiduría y en el de El Eclesiástico el estilo sencillo y doctrinal se muda en poético, y con tanta gracia va elevándose, que en algunos pasajes llega al lirismo: contienen estos libros descripciones preciosas, hechas en breves palabras; con-

~~~~~  
traposiciones dilatadas, en las que la doctrina moral se enseña recreando el ánimo con el espectáculo de la virtud puesta al lado del vicio; y, por fin, elogios de los varones santos, que florecieron en la antigüedad.—Sería nunca acabar, si fuéramos analizando las bellezas literarias de estos Libros.

En los Libros doctrinales del Nuevo Testamento no hay para qué buscar elegancias retóricas ni adornos artísticos.—En las Epístolas canónicas de San Pedro y de San Juan, en la de San Judas y en la católica de Santiago el menor, la crítica se complace en reconocer el sello del carácter moral que distingue á cada uno de los cuatro Santos Apóstoles.

En San Pedro hay tal abundancia de ideas, y los conceptos se acumulan tan precipitadamente en la cabeza del Apóstol, que su estilo corre, henchido de sentencias y cargado de cláusulas largas: es el fervor; es el ímpetu de una alma vehemente, apasionada, que, á pesar de los años se con-

~~~~~  
serva ardorosa, sin marchitarse por el hielo de la vejez.

San Juan es sencillo: su estilo, llano y familiar, se conserva sin dificultad ninguna en la versión de la Vulgata: el traductor no se ha fatigado, como cuando trasladaba las Epístolas de San Pedro.—El Discípulo amado reclina suavemente su cabeza sobre el pecho de Jesucristo; el jefe del colegio apostólico se lanza á las olas, para ir precipitadamente al encuentro del Maestro Divino.

Sencillo como San Juan y claro sin misterios sagrados de ciencia recóndita, Santiago podemos decir que es el príncipe de la Ascética cristiana.

San Judas acumula imágenes y metáforas para inculcar una sola máxima moral. La historia contiene muy pocas noticias acerca de la persona y de la vida de este Santo Apóstol: su Epístola da á conocer que observaba con profunda atención los fenómenos naturales, bajo de cuyo velo solía contemplar la acción sobrenatural de

la Providencia. Los disidentes son para San Judas: nubes sin agua; árboles otoñales, muertos dos veces, sin hojas ni frutos; olas espumosas de la mar; estrellas errantes.....

Mas ¿cómo caracterizar el estilo de San Pablo? ¿Cómo explicar lo que es superior á toda explicación? Ese piélago profundo de doctrina divina; ese mar sin orillas de ciencia sagrada; ese océano inagotable de sabiduría celestial, no puede ser contemplado tranquilamente: su grandeza inspira terror, su majestad impone respeto, y no acierta la mente á abarcar de una mirada lo que es inmenso. Buscamos en la misma Escritura algo con que comparar al Doctor de las naciones y no encontramos sino el Diluvio universal. Ved cómo llueve, sin cesar; cómo se abren las cataratas del cielo; cómo se rompen las fuentes del grande abismo! ¡Qué afluencia de palabras! ¡Qué abundancia de pensamientos! y en tanta copia de palabras, nada es ocioso; nada redundante; nada superfluo!

¿Para qué allí la estrechez de la retórica?
¿A qué fin las ligaduras de la gramática?
La ola de la elocuencia sube, empujada
por la ola del pensamiento y en los tum-
bos de aquel Océano de sabiduría, ya se
encumbra nuestra mente á los cielos, ya
se hunde en misteriosos abismos.—Tánta
grandeza se convierte de repente en ternu-
ra maternal, y el corazón de Saulo yace
desfallecido: ¿quién lo ha postrado? ¿Quién,
sino la caridad del Señor Jesús? ¿Habrá
página más tierna que la que San Pablo
escribió á Filemón? Esa Epístola fué
la proclamación solemne del dogma de la
fraternidad humana: delante de Dios no
había ya amos y esclavos, todos los hom-
bres eran hermanos, bajo la paternidad del
Padre, que está en los cielos.

En los Evangelios hay no solamente una
parte histórica sino también una parte doc-
trinal, en la que se contienen los discursos
de Nuestro Señor Jesucristo; pero ¿á esa
parte será dado tocar con la mano profana
de la crítica? El racionalismo impío

de nuestros tiempos ha osado manosear la inmaculada belleza de los discursos evangélicos; y, pretendiendo analizar la palabra inefable del Verbo Eterno hecho hombre, ha blasfemado. Por ésto, nuestra crítica se acercará ahora al Maestro Divino, con la profunda adoración de la mujer piadosa, que le enjugó compasiva el rostro sagrado en la pendiente del Calvario; la blasfemia ha pretendido ensuciar ese rostro adorable, pero su inmunda saliva ha servido para hacer más brillante el fulgor de su hermosura sobrehumana!

Nótase en los discursos de Nuestro Señor Jesucristo una sencillez clarísima: son, si se nos permite la expresión, diáfanos, transparentes, cristalinos; mas en esa claridad, en esa limpidez hay una asombrosa profundidad. Río caudaloso, cuya corriente tranquila forma plácidos remansos; agua purísima, en cuyo fondo la vista distingue claramente hasta los granos de menuda arena: empero ¿quién podrá sondear su profundidad? Las palabras de Jesucristo

son clarísimas, su estilo es no sólo eminentemente nacional, sino popular; todo es natural, obvio: es un judío de la época de la dominación romana; no ha salido de su nación ni tiene nada que no sea nacional. Sus parábolas son como una descripción de las costumbres de su pueblo; las oyen las turbas y, al instante, las comprenden: cuando quiere poner de manifiesto una gran verdad, se sirve de una comparación para hacerla sensible; y las flores del campo, los pajarillos que se venden en el mercado, las viñas y los sembrados son los objetos que emplea, y, señalándoselos como con el dedo á sus oyentes, deposita en sus almas groseras la semilla fecunda de su doctrina santificadora. Su comparación predilecta es la del pastor, que cuida con solicitud de su rebaño: insiste en este simil admirable, lo desmenuza, se lo aplica á sí mismo y quiere ser reconocido como el Buen Pastor. ¡Oh! Buen Pastor! ¡oh! Maestro Divino! ¿Quién hay que sea comparable con Vos? Sabiduría infinita,

~~~~~

Verbo humanado, tenéis palabras de vida eterna: de vuestros labios adorables está fluyendo sin cesar un raudal inagotable de ciencia y de doctrina divina! ¿Quién será comparable con Vos?

La crítica literaria aplicada al Santo Evangelio principia por analizar las palabras de Jesucristo, y no puede menos de continuar admirando, para concluir orando: la crítica se trueca en oración y el análisis en himno de alabanza. Es el grito de admiración y de bendición, que los sermones del Nazareno portentoso arrancaron á las turbas, que tuvieron la dicha de oír sus palabras, durante los días de su vida mortal. ¡Ah! Nadie ha hablado como Jesús de Nazaret! ¡Feliz el seno en que fué concebido! ¡Dichosos los pechos que lo amantaron!.....

Una florecilla, los lirios del campo le bastan al Maestro por excelencia para inspirar á los hombres confianza filial en la providencia de Dios: las flores ni hilan ni trabajan, y, sin embargo, ni Salomón con

toda su riqueza, estuvo vestido tan galanamente como los lirios del campo. En el Evangelio no hay primores retóricos ni esplendores poéticos, y, con todo eso, su sencillez casi infantil deja avergonzados á los mayores triunfos de la palabra humana.

#### IV

Los escritos de los Profetas ocupan un término medio entre los Libros doctrinales y los rigurosamente poéticos: tienen mucho de los doctrinales y mucho también de los poéticos. Su estilo es de ordinario figurado y su lenguaje vehemente; pero cada Profeta lleva un sello especial que lo caracteriza y le da una fisonomía literaria propia, mediante la cual se distingue de los demás.

Todos empleaban comparaciones, alegorías y figuras, tomadas de la naturaleza que los rodeaba y del género de vida en

---

que estaban ocupados. Así, mientras en Isaías se reconoce al descendiente de regia estirpe que se había familiarizado con los grandes, por ser uno de ellos; en Amós se descubre al israelita humilde, al pastor acostumbrado á las faenas del campo.

En Daniel predomina el estilo histórico; es el Profeta de las setenta semanas. Ezequiel tiene una grandeza tosca y una sublimidad desigual.—Isaías pudiera compararse con una estatua de oro acrisolado, trabajada con toda la perfección de las reglas del arte; al paso que Ezequiel es como una figura gigantesca de la cual hay que alejarse, para poder percibir sus contornos y admirar sus facciones.

La docta cultura de Jeremías revela al Profeta de familia sacerdotal: no hay en este Profeta esos arranques de un lirismo sublime que sorprenden y arrebatan en Isaías; tampoco tiene esas pinceladas bruscas, pero magníficas de Ezequiel: su numen profético brilla tranquilo, como la llama del candelero de oro delante del Arca

---

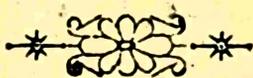
de la alianza, disipando las augustas sombras del santuario.

Considerados desde un punto de vista puramente literario, Isaías entre los cuatro profetas mayores, y Nahúm entre los doce menores, no tienen rival en ninguna lengua; pues, en sus vaticinios, se halla la oda con toda la rapidez de movimiento y con todo el más patético bello desorden de que es capaz la poesía lírica, en sus arranques de mayor entusiasmo. Nahúm anuncia la ruina de Nínive de una manera tan viva, como si el Profeta estuviera viendo el asalto de la ciudad, y fuera haciendo, á gritos, la descripción de la catástrofe, conforme se iba verificando.

En los otros profetas predomina la vehemencia en el estilo, la riqueza de imágenes y el lenguaje lleno de términos enérgicos, de frases vigorosas, de cláusulas cortas y de sentencias terribles. En la larga noche de los siglos, cuando las tinieblas de la idolatría tenían á todas las naciones sepultadas en oscuridad y som-

---

bras de muerte, la voz de los profetas fué como el grito de alerta, que los centinelas vigilantes dan desde los muros de una ciudad sitiada: sucediéndose unos á otros mantuvieron en el pueblo de Dios despierta la esperanza de la redención prometida al linaje humano. Ese grito profético calló, cuando comenzaba á clarear el horizonte con los albores sobrenaturales que anunciaban la próxima salida del Sol de Justicia, que había de alumbrar á las naciones gentiles y dar gloria al pueblo de Israel. *Lumen ad revelationem gentium et gloriam plebis tuæ Israel.*



---

## CAPITULO SEGUNDO

### De los libros poéticos

Consideraciones generales.—De las obras poéticas en general.—Obras poéticas de la Biblia.—El Libro de Job.—Los Trens de Jeremías.—El Cantar de Cantares.—Los Salmos.—Los Cánticos.—El Magníficat.

#### I

Estudiemos ahora los Libros de la Biblia, que deben ser considerados como rigurosamente poéticos.

¿Cuáles son los Libros, que en la Biblia merecen ser tenidos como poéticos?—Esos Libros son los Salmos, el Cántico de Cánticos, las Lamentaciones de Jeremías y la principal parte del Libro de Job.—En los

---

libros históricos hay también algunos cánticos, que son verdaderas obras poéticas.

¿A cuál de los tres géneros, en que se distribuyen las obras poéticas, pertenecen las poesías de la Biblia?—Esos tres géneros son el lírico, el épico y el dramático: las poesías de la Biblia no pueden clasificarse ni entre las épicas, ni entre las dramáticas, y deben ser reconocidas solamente como líricas.—El género directo ú objetivo es, pues, el único que se encuentra en la Biblia.

El Libro de Job ha sido reputado como épico por algunos críticos, y como dramático por otros; pero no merece ni la una ni la otra de esas calificaciones, en el sentido clásico ó convencional, que se suele dar ordinariamente á esas palabras.—Asimismo el Libro titulado Cantar de Cantares ha sido puesto entre las poesías dramáticas; sin embargo, no se ha de creer que sea un verdadero drama á la manera de los griegos ó latinos, ni menos en el sentido que los románticos dan á esa expresión.—Si el

libro de Job y el Cantar de Cantares no son ni épicos ni dramáticos ni odas rigurosamente tales, ¿qué son? ¿cómo deben calificarse?—Son poesías: deben ser clasificados como poemas.

¿Qué es poesía? ¿En qué consiste la poesía? ¿Tiene la poesía un estilo que sea propio de ella y exclusivamente suyo? ¿Hay verdadera poesía en la Biblia?—Ved ahí las principales cuestiones, acerca de las cuales debemos decir unas pocas palabras, porque tratarlas á fondo no es nuestro propósito.

¿Qué es ser poeta? ¿Quién lo es realmente? ¿Qué es poesía? ¿En qué consiste la poesía?—La poesía, considerada subjetivamente, es un estado del ánimo, distinto de aquel en que se mantiene en el curso ordinario y cotidiano de la vida: en éste, las facultades del alma se hallan tranquilas; en aquél, se encuentran en movimiento, excitadas, más ó menos fuertemente, por la presencia real ó espiritual de un objeto, que en sí mismo y por su pro-

~~~~~  
pia naturaleza haya dejado de ser común y ordinario.—La imaginación, la memoria, la inteligencia y la sensibilidad interna toman, pues, parte en la poesía.

La imaginación, para representar imágenes de objetos mejores que los que se perciben por los sentidos: la memoria, para recordar lo pasado y para revestirlo de formas muy más hermosas que las que tuvo en realidad: la inteligencia, para percibir, atender, discurrir, reflexionar y coordinar unas ideas con otras: la sensibilidad interna, como potencia ciega, se mueve á impulso de la inteligencia, de la memoria y de la imaginación, y movida así por esas otras facultades se enciende en afectos, y entonces el ánimo sale del estado natural y sufre el fuego de las pasiones, arde y se inflama. Ningún afecto es ya tranquilo; todos son fuertes, vehementes ó siquiera intensos y profundos.

La acción de las facultades del alma no es igual; antes, según la predisposición natural de cada individuo, así predomina

también una de las facultades. En algunos la imaginación; en otros, la sensibilidad interna.--Este modo de ser no es permanente y pasa más ó menos pronto.

El poeta, alumbrado por una iluminación interior, ve, pues, algo, que, en el estado natural del ánimo, no le es dado contemplar: se le abren los ojos del espíritu y goza de una visión, en la cual todas las cosas aparecen mejores, porque las baña una luz hermosa y han tomado los tintes de élla. Hay un estremecimiento momentáneo del espíritu: sus facultades se han sublimado y gozan de objetos superiores á la realidad de todo cuanto le rodea. Esta es la poesía subjetiva ó el lirismo, considerado en el poeta.

La manifestación de lo que imaginare, recordare, pensare y sintiere el alma en ese estado, hecha por medio de la palabra articulada, es lo que constituye la poesía lírica.

Para dar mayor hermosura á esta expresión, para separarla más y más de la

manera de hablar ordinaria y, en fin, para que la impresión producida en el ánimo sea más profunda y duradera, se ha inventado el metro y el verso, que es la distribución armónica y artificiosa de las palabras, para causar un deleite nuevo en el oído y en la imaginación. Pero la versificación no es esencial á la poesía: ¿desdeñaremos, por ésto, el metro? No, porque eso sería despojar á la poesía de la forma exterior, que contribuye á realzar más su hermosura.— La poesía sin el verso es poesía, es hermosa; pero la poesía con el verso es mucho más hermosa: quitarle á la poesía la versificación sería disminuir su hermosura.

La versificación viene á ser, á su modo, como los colores para la pintura. El lápiz traza líneas y rasgos, acumula sombras y deja claros; pero la paleta con los colores y el pincel, dan vida al lienzo y hacen que en cierta manera la naturaleza palpite en los cuadros. Mas ¿todo lienzo, en que haya figuras y colores, será pintura? ¿Será cuadro?—No: es indispensable que ha-

ya belleza.—Sin la belleza no sería nada.

Del mismo modo en la poesía, sin belleza no habría nada: versificación, metro, ritmo, gramática, lenguaje, sin belleza, no son poesía ni merecen ser llamados poesías.—¡Lo bello! he ahí el secreto de la poesía!!

..... Pero ¿dónde está lo bello? ¿Qué es belleza? ¿Qué es lo bello, ha dicho San Agustín, sino el resplandor de lo verdadero? *Pulchrum splendor veri.*—Si esto es así, nosotros nos atrevemos á decir, que la belleza no es otra cosa sino el reflejo de la incomparable hermosura de Dios sobre lo criado. ¿Quién es Dios, sino la hermosura increada? ¿Quién es Dios, sino la belleza eterna, la belleza infinita? En todas las cosas hay siempre una participación de los atributos divinos, y, por esto, en todo puede encontrarse un aspecto bajo el cual las cosas sean mejores de lo que aparecen, porque se las contempla bañadas por aquella lumbre divina, que las hace más y más hermosas, en cuanto revelan algo más de los atributos divinos. ¿Qué es ser poeta?

~~~~~

Ser poeta es, por esto, ver con los ojos del alma la hermosura de Dios en las cosas criadas, y, viéndola, llenarse de regocijo, salir fuera de sí y ser feliz un instante! Eso es poesía, eso es ser poeta.

Por esto, poesía hay en todas las cosas; poesía hay en cuanto nos rodea.—El Universo es poético sobre toda ponderación: los astros, la luz, el ruido, el silencio, la calma, el movimiento, todo es poético en la vasta é inmensa creación. La tierra, este planeta donde habitamos, ¡cuán poético es! —No hay escena alguna de la naturaleza en el cielo, en la tierra y en el mar que no tenga poesía: no hay objeto alguno que no sea bello, bajo algún respecto. El grani- llo de arena, con que juega el viento; la hoja seca, que cae de los árboles; el insecto, que murmulla en la hierba, por despreciables que á primera vista parezcan, son siempre bellos: sólo una alma bronca podrá contemplarlos insensiblemente.

Bello es el hombre, considerado como obra de Dios; bella, la virtud; bellas, las

---

buenas acciones.—Belleza hay en la sociedad; y belleza abundante poseen los acontecimientos pasados. De aquí es que hay poesía en el fondo íntimo del corazón humano, en las empresas heroicas, en las acciones virtuosas y en el recuerdo de los tiempos que fueron. Sobre todo, hay poesía en Dios y en nuestras relaciones con nuestro Criador: esta es la belleza de lo sobrenatural, la poesía de la Religión.

Según esto, es claro que la poesía subjetiva no puede menos de tener muchas maneras de manifestación, lo cual ha dado lugar á que los poemas líricos sean distribuidos en cierto número de clases. ¿A cuál de esas clases pertenecerán las poesías de la Biblia?—Todas las obras poéticas de la Biblia deben ser consideradas como líricas, no solamente sagradas, sino divinas. Decimos divinas en atención al significado religioso, que, como obras inspiradas por Dios, tienen según las reglas de la interpretación ó hermenéutica católica.—Dios, sus divinos atributos, sus adorables miste-

~~~~~

rios, las obras de su misericordia para con el género humano y principalmente para con la descendencia de Abrahán, las ceremonias del culto mosaico y los recuerdos históricos son el asunto de los poemas de la Biblia. Pero como el pueblo mismo de Israel era profético, y como todos los sucesos de su historia y hasta las más ligeras ceremonias de su culto, eran un símbolo que prefiguraba el orden divino de la Encarnación, anunciada y prometida por Dios al mundo; sus poemas deben ser llamados no sólo sagrados sino divinos. Esas poesías tenían un significado profético en orden á la redención del linaje humano por Jesucristo.

Si con cuidado no se tiene presente este significado, es imposible gustar de toda la belleza y de toda la sublimidad de las poesías de la Biblia: conociendo lo que ellas anunciaban y descorrido el velo profético del símbolo, se presenta la belleza con una luz admirable.—Principiaremos á estudiarlas así, con este criterio literario.

II

El Libro de Job es no una simple alegoría, sino una historia verdadera. Llamémosle poema y analicémoslo.—Su asunto es una lección moral sobre la economía, con que la Providencia divina distribuye los bienes y los males temporales en este mundo: los males de esta vida presente no son siempre castigos del pecado; son también prueba de la virtud. He ahí el asunto del poema.

Ocho personajes desempeñan la acción, que es muy sencilla, sin enredos, sin nudo, sin tramas: estos personajes son Job, su esposa, sus tres amigos, un joven, Satanás y el mismo Dios. Principia el poema con la descripción del estado de prosperidad en que vivía Job: enumera sus inmensas riquezas y refiere la felicidad doméstica de que disfrutaba, en medio de su familia y de sus hijos. Job era un príncipe idumeo, teme-

roso de Dios y consagrado de corazón á la práctica de la virtud.

La virtud de Job es alabada por Dios mismo, quien le reprocha con ella á Satanás: arguyendo con Dios, el demonio sostiene que la virtud de Job es interesada, y que, si Job perdiera las riquezas que posee, blasfemaría de Dios. De aquí viene la prueba de Job: Dios le da permiso al diablo para que destruya todos los bienes de Job, sin perdonar ni á sus mismos hijos. Vuela Satanás, y, en un momento, trastorna la fortuna de Job, arruina sus riquezas y sepulta á sus hijos bajo los escombros de la casa del primogénito de ellos: el Patriarca no pierde la paciencia, permanece inalterable.

Dios da en rostro á Satanás con la paciencia de Job: Satanás pide permiso para hacerle daño en su persona; Dios se lo da. Satanás toca á Job, y Job se siente cubierto de lepra desde los pies á la cabeza. —Huye lejos de los hombres, va á pasar sus días en un muladar y allí, sentado so-

bre el polvo, rae con una teja la podredumbre de su cuerpo, cuya carne, convertida en gusanos, se le va cayendo poco á poco. En tan triste situación todavía le acomete Satanás, le hace la guerra y no le deja ni un momento de reposo: le conturba con visiones nocturnas y con fantasmas tenebrosos, y, cuando estaba ya cansado, rendido, cubierto de llagas y víctima de dolores, le embiste para derribarle de la paciencia, en que el Patriarca se mantenía inquebrantable. ¿Qué arbitrios emplea el enemigo? ¿De qué medios se vale? ¿Qué máquinas pone en movimiento? La lucha está empeñada; Satanás, encarnizado: Job, sentado en el muladar bendice tranquilo la justicia y la bondad de Dios.

Su mujer se aira con el espectáculo de tanta paciencia é insulta á Job: tres amigos de éste vienen para consolarlo, y, en vez de hablarle palabras de consuelo, hincan en el alma del Profeta los dardos de su acerada elocuencia, reprendiéndolo como á criminal y orgulloso: Job se defiende,

hace protestas respecto de su inocencia: sus amigos se escandalizan, crece la vehemencia de su argumentación, la disputa se aviva; Job, acribillado á sofismas, insiste en que es inocente: toma la palabra un joven y, esforzando los argumentos de los tres amigos de Job, reprende á éste duramente y le intima que confiese su pecado y reconozca que cuántos males han caído sobre él son un justo castigo de su vida secretamente culpable. Constreñido Job, invoca á Dios y pone al mismo Criador por testigo de su inocencia: aparece el Señor, y, tomando parte en la disputa, vuelve por la honra de su siervo y pone de manifiesto que los males de esta vida no son siempre castigo del pecado, sino á veces también prueba de consumada santidad.—Tal es, en resumen, el argumento de este sagrado Libro.

Es la apología más elocuente que se haya hecho jamás de la Providencia divina: es un conjunto de cánticos fervorosos á la justicia del Eterno: alabanzas admirables á

la sabiduría del Criador, himnos á su gloria y á su omnipotencia.—La miseria de la condición humana, la flaqueza, la nada del hombre están ponderadas con elocuencia arrebatadora: comparaciones patéticas, quejas doloridas, gritos desgarradores expresan en este Libro la angustia de Job, que, conociéndose inocente, se oye calificar de criminal y se ve reprendido no sólo por sus amigos, sino hasta por la locuacidad de un joven advenedizo.—Si hemos de continuar apellidando poema á la historia de Job, debemos decir que es un poema teológico, en el cual se nos han enseñado verdades morales importantísimas.

El estilo no puede ser más elevado ni más grandioso: nutrido de imágenes hermosísimas y rico en descripciones de un primor y de una gracia sin igual: delicadas ironías, interrogaciones punzantes, apóstrofes sorprendentes, frases figuradas de una originalidad inimitable son algunas de las bellezas de estilo que abundan en

~~~~~  
este Libro de Job, uno de los más hermosos de la Biblia.

La escena pasa toda en el desierto; y, en el estilo y en el lenguaje, aparece el desierto con su inmensa extensión, sus arenales desolados, su sol abrasador, sus huracanes inflamados: los ayes del Profeta dolorido resuenan, como los rugidos secos y prolongados del león, que retumban y sobresaltan en la soledad. ¿Dónde, en qué lengua, en cuál literatura se podrá encontrar un trozo más elocuente, ni más bello, que el que tiene este Libro, cuando describe las obras de Dios? ¿En qué poema se hallará una pintura del caballo mejor que la del Libro de Job?..... Libro más hermoso no es posible encontrar en literatura alguna: abre úno el libro, comienza á leer, y lo sublime sucede á lo sublime, sorprendiendo y fatigando el ánimo: quisiera uno descansar, pero la narración lo arrastra y lo empuja, como si el viento del desierto soplando con ímpetu á la espalda, lo arrebatara en sus caldeados



torbellinos: acaba el poema y el espíritu desfallecido, cae, buscando descanso, y como esquivando la grandeza de Dios, que lo abruma.

Los Trenos ó lamentaciones de Jeremías tienen una belleza de otro género.—Este poema es una elegía patriótica, en la cual el Profeta describe los estragos causados en el pueblo de Dios por la invasión de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y llora la destrucción de Jerusalén, el incendio del templo y el cautiverio de los judíos.—Unas veces es el mismo Profeta el que habla: otras habla Jerusalén, á la cual la personifica Jeremías, para poner en boca de ella la enumeración de todas sus calamidades.

El estilo, aunque vivo y apasionado, con todo guarda medida, y, sin levantarse al tono lírico, es rico en imágenes y expresiones figuradas, enérgicas y descriptivas.—El poema camina como á compás distribuido artísticamente en estrofas cortas, cada una de la cuales comienza por una

palabra, cuya primera letra es una de las del abecedario ó alfabeto hebraico; de modo que unas siguen á otras, por su orden respectivo.—La Vulgata ha conservado las letras hebreas al frente del texto latino.

Si hubiéramos de calificar este poema con alguna clasificación retórica, diríamos que es una elegía histórica, en la cual se hace la narración del sitio y destrucción de Jerusalén, y se describe el estado de ruina y de desolación de la ciudad santa y de la comarca de Palestina, á consecuencia del cautiverio de los judíos. Todas las circunstancias históricas son exactas, no hay ni un solo pormenor que no sea verdadero; sin embargo, existe una enorme diferencia entre el estilo histórico y el estilo de este poema: la sencillez está trocada en elegancia, y la narración en una prosopopeya ó personificación de las más elevadas. *Los caminos de Sión lloran, porque no hay quién venga á las solemnidades religiosas. . . . . Sión extiende sus brazos en bus-*

~~~~~  
ca de socorro, pero no hay quién se apiade de ella. ¿Habrá cosa más patética que esos sacerdotes, huyendo por las calles de Jerusalén con sus túnicas levantadas, para no mancharse con la sangre de los muertos, de que estaba encharcada la ciudad?

Entre las obras de Salomón se cuenta una composición poética, llamada por excelencia el *Cántico de Cánticos* ó el *Cantar de Cantares*, como quien dice el mejor entre todos los cánticos ó poemas sagrados.—Es una composición dramática pastoril, una égloga dialogada, en diversas escenas, sin nudo ni enlace alguno. Los personajes son el esposo, la esposa, los compañeros de ambos y ciertos otros individuos, que permanecen en silencio, como espectadores mudos del epitalamio del pastor con la pastora de Judá.—Ese pastor era el mismo Salomón, y esa pastora la hija del monarca de Egipto, con la cual se desposó Salomón.—El poema tiene una profundísima significación mística, y simboliza la unión ó desposorio del Verbo

Eterno con la naturaleza humana, mediante la Encarnación.

El estilo es bello sobre toda ponderación, y una de las prendas de belleza es la naturalidad, que en las expresiones y en las comparaciones no deja nada que desear. Todo es campestre, todo pastoril: flores del campo, frutos sazonados, viñas florecidas, manadas de ovejas, aromas, prados, cañadas, cervatillas, tales son los objetos con que se manifiestan familiarizados los personajes del poema. Es el canto del amor puro, que no conoce más que una sola nota, la nota del placer con la presencia del amado: el amor abrasa en sus castos incendios al esposo y á la esposa mística, y, á pesar de su fuego, deja immaculada la misteriosa virginidad de entrambos. El lenguaje de la pasión ya no puede ser más vehemente ni más arrebatado; y, sin embargo, hay tal pureza en el poema, que nada empaña la tersa limpidez de las palabras. ¡Qué hermosura en las comparaciones! ¡Cuánta gracia en la expresión!—

De la égloga sagrada pudiera decirse, que despide fragancia, como un prado de azucenas, cuando el suave viento de la tarde menea blandamente los cálices nacarados de las flores. O mejor, su fragancia es el olor aromatizado y fortificante, que desde lejos se difunde de las viñas famosas de Engadí.

En el Cantar de Cantares se admiran, unidos con arte soberano, el lenguaje hermoso, escogido, exquisito, con la gracia y la magnificencia risueña y encantadora del estilo. ¡Qué competencia tan delicada en los elogios, con que el esposo y la esposa se están ahí requebrando mutuamente!.....Lo más hermoso de la naturaleza les ofrece puntos de comparación para sus recíprocos elogios. Teócrito, el príncipe de la poesía pastoril, es sencillo, y su belleza tiene algo de rústico y menos pulido: Virgilio es delicado, tierno y pinta con primor las escenas campestres; pero cuando Salomón acerca á sus labios augustos la zampona pastoril la hace resonar

con tanta gracia, con tanta suavidad, con tan melodiosa ternura, que toda otra música es desacorde y descompasada en comparación de la suya.—En la Biblia no hay un poema tan bello como el Cantar de Cantares. *Cantica Canticorum.*

III

Los Salmos son otra de las obras poéticas de la Biblia. ¿Cómo los calificaremos? Debemos clasificarlos en el género lírico, considerándolos como odas sagradas, como himnos religiosos y como cánticos inspirados.—El autor de la mayor parte de los Salmos fué David: otros fueron compuestos por diversos autores.

Aunque, como hemos dicho, todos los salmos pertenecen al género lírico sagrado, sin embargo, podemos distribuirlos todavía en distintos grupos ó secciones: en unos la alabanza del Criador es directa, y el salmista ensalza los atributos divinos de

una manera doctrinal: en otros canta las glorias divinas, contemplando las maravillas de la creación; muchos tienen por objeto las misericordias obradas por Dios en beneficio personal de David: un gran número de ellos son históricos, pues celebran los portentos que el Señor hizo en favor de su pueblo: unos cuantos son deprecatorios, porque en ellos el salmista implora de Dios el perdón de sus pecados, y, por eso, son llamados los salmos de la penitencia.—Tales son las distinciones que conviene hacer en los ciento y cincuenta salmos que se hallan en la Biblia.

Predomina en estas odas divinas el elemento de la voluntad, por los variados afectos de que se manifiesta dominado el salmista. ¡Qué lenguaje el que el hombre supo hablar en los salmos! La admiración por la grandeza de Dios, el respeto profundo, la reverencia humilde, la adoración rendida, la sumisión absoluta, el aniquilamiento ante la Majestad infinita. ¿Qué más? La confianza filial, el reconocimien-

to sincero, la esperanza inquebrantable y la gratitud profunda están en los salmos hablando de una manera viva y patética. Muchos de estos divinos poemas son oscuros, y es moralmente imposible comprender ahora el verdadero sentido literal de ellos; mas esto no debe sorprendernos porque es necesario reflexionar que los salmos son composiciones poéticas, cuyo asunto era muchas veces un hecho privado, ó un suceso público acerca del cual ni la misma Escritura Santa ni las crónicas de los judíos dicen una sola palabra: ignorando completamente el suceso, objeto del poema, y todas sus circunstancias, ¿cómo podremos entender las alusiones y los términos figurados de la composición? Este punto es tanto más digno de atención, cuanto el estilo de los salmos es eminentemente lírico y apasionado.

En efecto, el estilo de los salmos es elevado, abunda en apóstrofes y en personificaciones tan atrevidas, que la poesía meridional europea más patética no las tiene

semejantes: en los salmos, los ríos aplauden, dando palmadas; los ríos palmean; el sepulcro grita; los montes saltan de contento.—Las transiciones son tan rápidas que, de un versículo á otro pasa el salmista de un objeto á otro tan distinto, que, á primera vista, no tiene relación ninguna con el anterior. Callar las ideas intermedias es muy frecuente: expresa tan sólo aquello que era más importante, y prescinde de todo lo demás.

Hay algunos salmos dramáticos ó dialogados: habla en ellos el salmista y hablan también otras personas. En el salmo segundo, por ejemplo hay varias personas: principia el poeta, con una interrogación: claman luego los pueblos y los reyes, conjurados contra el Mesías: les dirige la palabra el poeta: habla el mismo Mesías y concluye hablando otra vez el mismo poeta.

De todas cuantas composiciones poéticas contiene la Biblia ninguna posee un carácter más humano que los salmos: los

~~~~~

afectos que los salmos expresan no son individuales ni siquiera nacionales; son los afectos que dominan el corazón del hombre, en virtud de las condiciones esenciales de su íntima naturaleza. Los salmos son poemas religiosos, compuestos para cantarse en las funciones del culto público de la nación judaica: son poemas locales y eminentemente nacionales: sin embargo, son universales, son humanos, y no hay afecto alguno de nuestro corazón, ni situación alguna moral en la vida, que no encuentre en los salmos la expresión más natural, más propia y más adecuada: la tristeza, gemidos; la angustia, ayes y suspiros; el temor, gritos vehementes; la alegría, voces placenteras; la esperanza, palabras de aliento y la gratitud, cantos de júbilo, con tanta propiedad, como si en cada ocasión, en cada circunstancia de la vida, el triste, el afligido, el alegre, el temeroso, el lleno de esperanza y el agradecido hubiesen inventado ellos mismos esas expresiones y modos de decir, para desahogar su cora-

zón.—Pero esto es poco: los salmos han dado al hombre un lenguaje que el hombre necesitaba, y que el hombre no podía hablar jamás, el lenguaje de la contrición y del arrepentimiento. El hombre, por el pecado, se constituye en enemigo de Dios, en culpado, en reo, que merece penas y penas eternas: la contrición lo regenera, lo vuelve á la amistad de su Criador; pero era necesario hablar al Todopoderoso, para implorar de su misericordia el perdón, para solicitar de su misericordia la vida. Mas ¿cómo podía el hombre criminal hablar á Dios, irritado contra él? ¿Cuál era el lenguaje con que debía dirigirse á Dios, en esas circunstancias? ¿Cómo podía expresar su arrepentimiento, de modo que fuera aceptable á Dios? ¿Cómo?—¡Ofender á Dios, y no acertar con el lenguaje del arrepentimiento! . . . ¡Abrid los salmos y aprended el lenguaje de la contrición y el modo de hablar con el Juez Eterno, para desenojarle! . . . . . Nunca la humildad podrá inventar palabras de mayor abatimien-

~~~~~  
to; nunca la vergüenza estará más confundida; nunca la confesión de la culpa se verá más sonrojada! . . . ¡Qué ayes más doloridos! ¡Qué suspiros más hondos! ¡Qué alaridos más desgarradores! ¿Habrá comparaciones más vivas? ¿Dónde expresiones más patéticas! . . . Dios, que concedió al hombre la gracia del arrepentimiento y de la contrición, se dignó también poner en sus labios las palabras propias de la contrición y del arrepentimiento, y esas palabras están en los salmos.

La belleza literaria de estos cánticos inspirados es incomparable, y aparece no sólo como nueva, sino como maravillosa y hasta inefable, es decir, imposible de ser expresada con palabras humanas, cuando se conoce el significado profético de cada salmo, y se lo estudia desde aquel punto de vista excepcional.—Los salmos tienen un significado estrictamente literal, y un otro significado profético, tan riguroso, tan preciso y tan exacto como el literal; pero en algunos puntos más propio y más verdade-

ro que el literal. Detengámonos en este asunto y procuremos explicarlo.

En cada salmo hay que considerar dos personajes, dos autores del salmo: ¿cuáles son esos dos personajes? Esos dos personajes son David y Jesucristo: el autor de la letra del salmo, y el inspirador del sentido profético contenido en las expresiones literales del salmo. Si el sentido literal es hermoso, el sentido profético es un abismo de belleza y de sublimidad. ¿Quién es el autor de los salmos? ¿Preguntáis quién es el autor de los salmos? ¡El autor de los salmos, el verdadero autor, es el Verbo Eterno: el divino poeta de los salmos no es otro, sino Jesucristo! Quien ora en los salmos es Jesucristo; quien ruega en los salmos es Jesucristo; quien se queja en los salmos es Jesucristo: ese pobre, ese huérfano, ese atribulado, ese aborrecido, ese muerto, ese victorioso de la muerte en los salmos es Jesucristo!!! - - - ¡Qué admirables son los salmos, qué hermosos, qué sublimes, cuando se conoce el sentido profético

de ellos! ¡El Hombre-Dios es el que habla en esos poemas divinos! ¡Qué novedad no se descubre en la expresión! ¡Qué ternura! ¡Cuánta grandeza! ¡Qué dulcísima unción, qué regalada! El sentido profético de los salmos les comunica una belleza extraordinaria, y es una de las fuentes de lo sublime: si se prescinde de este sentido, la obscuridad de las expresiones aumenta y llega á ser de todo punto incomprendible. Las diversas situaciones de la vida mortal de Jesucristo se encuentran descritas de un modo admirable, y hay pasajes enteros que convienen sólo al Redentor y no al salmista: la pobreza de su condición voluntariamente humilde y sencilla; la envidia ciega de sus gratuitos enemigos; el odio tenaz con que lo perseguieron; la ira sanguinaria; la perversidad hipócrita, la traición fementida; el triunfo completo sobre todos sus perseguidores; la fundación de la sociedad cristiana y su conservación al través de los siglos, todo está cantado en los salmos de una manera her-

mosísima.—En el salmo vigésimo primero, por ejemplo, Jesucristo moribundo hace por boca de David una descripción prolija de los dolores, que sufrió en su pasión: las acciones de sus enemigos están representadas por las condiciones terribles de ciertos animales furiosos, como el perro, el león y el toro. ¿Habrá descripción más patética de la voluntaria debilidad del Hombre-Dios, que la que se hace en este salmo, cuando Jesucristo se pinta á sí mismo, como un niño acometido por toros robustos, que lo embisten y maltratan? ¿Cuándo se muestra en medio de sus calumniadores, como una cervatilla rodeada de perros de presa, que ladran y muerden á su víctima? *Circundederunt me canes multi; concilium malignantium obsedit me.* La hermosura de los salmos entendidos en este sentido profético impresiona profundamente al espíritu menos reflexivo, causándole un deleite sobrenatural, cuyo recuerdo no pueden borrar los sucesos profanos de la vida.

En los salmos abundan los pensamientos sublimes, expresados con una sencillez inimitable. En Isaías la ironía es amarga y humillante, y frases más crueles no han salido jamás de otros labios humanos: los enemigos de Dios quedan burlados y afrentados: y, en su vergüenza y en su humillación, los pone el profeta como escarmiento á los pecadores. Las comparaciones nos parecen bajas, alguna vez; pero en la misma bajeza se oculta el secreto de la energía de las expresiones. ¿Quién ha maldecido á los inicuos, como el salmista? ¿Quién ha consolado á los buenos, como el salmista? ¿En qué lengua humana la ira ha sido más enérgica? ¿En qué idioma, el amor más afectuoso? ¿Cuál lira podrá competir con el arpa de Sión, ahora cante alegre, ahora gima entristecida?.....

Anacreonte no sabe hacer sonar en su lira más que una nota, la del placer: Píndaro recorre una misma escala, yendo siempre de la ambición á la gloria: Horacio se detiene, como furtivamente, en los

sones patrióticos, que sabe dar de cuando en cuando su lira republicana; pero pronto se olvida de la fortaleza invicta de Catón, *animun invictum Catonis*, para no cantar más que el vino y la voluptuosidad: David, empero, en su arpa inspirada encuentra notas armoniosas para todos los afectos del corazón humano y para todas las situaciones de la vida. Horacio es leído en las academias de los doctos, y sus odas son el encanto de los eruditos y de los literatos: los salmos de David han sido recitados por todas las generaciones y por todos los pueblos, y su dolorido *Miserere* será siempre la plegaria con que el linaje humano aplaque á la justicia de Dios ofendida.

Pasemos á hablar ya de los otros cánticos de la Biblia.

Hay dos cánticos de Moisés, uno en el Éxodo, y otro en el Deuteronomio, el primero es un himno sagrado de acción de gracias: el segundo es un poema histórico, en que predomina el estilo doctrinal. El

cántico por el *Paso* del Mar rojo es grandilocuente y está lleno de energía y de arrebatos líricos: Moisés era no sólo un gran Legislador sino también un gran poeta, un poeta lírico sin rival.

El Cántico profético de Habacúc merece, por la sublimidad de su estilo, por lo grandioso de sus imágenes, y por lo arrebatado de sus movimientos líricos, ponerse al lado del cántico de Moisés.—Otro poema asimismo guerrero, es el de Débora, la profetisa, en el Libro de los Jueces: tono elevado, estilo magnífico, rapidez en la sucesión de las ideas son las dotes literarias de este poema.

Mas sencillos son los cánticos del Nuevo Testamento, y el de Ana, la madre de Samuel, y el del piadoso rey Ezequías.—En el cántico de Ana se admira cómo la expresión de la alegría santa y del reconocimiento se ha mantenido en lo justo, sin traspasar los límites de la virtud, para denostar á sus rivales: recuerda las injurias, pero es para atizar más el agradecimiento, en que su

alma arde para con el Señor.—El cántico de Ezequías es la despedida melancólica que el hombre dá á la vida, al poner sus pies en el borde de la tumba: ¿no es, en verdad, esa divina elegía el arrullo de la paloma del desierto, cuando gime entre las sombras del crepúsculo vespertino?.....

Estoy dando chillidos, como el polluelo de la golondrina, dice el santo rey: me he puesto á gemir, como la paloma: ¿por qué esos chillidos? ¿por qué esos gemidos? ¡Ah! Antes que llegue el fin de la tarde, habrá finado ya mi vida..... ¡Cuánta melancolía hay en esta expresión! DE MANE USQUE AD VESPERAM FINIES ME.

La elegancia del estilo es menos adornada, menos oriental en los cánticos del Nuevo Testamento; pero la doctrina ó el fondo dogmático es más profundo. El cántico de Zacarías es uno como salmo de la esperanza, que ve rayar el día de la salvación del mundo; y el del anciano Simeón no es un cántico, sino un grito de júbilo al tener en sus brazos al Mesías,

~~~~~

objeto de las promesas divinas y de la expectación de todas las gentes. Ese santo viejo, con el Niño divino en sus brazos, helados por la edad, ¿no es la imagen de la antigüedad pagana, rejuvenecida sobrenaturalmente por el Evangelio? El *Nunc dimittis* es el himno de la muerte cristiana, la despedida de la vida, con la esperanza de la inmortalidad. Cuán bien se conoce que el Sol eterno de Justicia había comenzado ya á iluminar á las almas, con luz sobrenatural, sobre sus destinos futuros: en el Antiguo Testamento esa luz era menos espléndida, menos fulgurante en claridad que en el Nuevo.

Mas ¿con qué expresiones hablaremos del Cántico de la Virgen María, del *Magnificat* de la Madre de Dios? . . . . . Cuando la más humilde de las doncellas de Judá, cuando la más santa entre todas las criaturas, cuando la divina Virgen abrió sus labios inmaculados y dejó exhalar de su pecho generoso ese gran himno á la gloria de Dios, sin duda los Angeles en el cielo

se postrarían de rodillas para escucharlo, ahondando con sus mentes sublimes en los misterios, que esa poesía inefable expresaba! ¿Qué hará la tierra? ¿Qué hará? . . . . . La crítica ¿pretende analizar el Magnificat? . . . . . El marino suelta la sonda, para tantear con ella el fondo de los mares; pero ¿quién sondeará jamás la inmensidad de los cielos? ¿A quién le será dado medir, palmo á palmo, los abismos? . . . . . Nada es, al parecer, tan sencillo como el Cántico de la Virgen; pero, el Magnificat tiene la sencillez de la luz. ¿Qué es la luz? ¿Cómo se deja manosear? ¿De qué modo vemos la luz con la luz y por medio de la luz? . . . . . La majestad de este himno soberano es digna del Altísimo, y contiene las alabanzas más excelentes que Dios ha oído en la eternidad, las alabanzas más dignas también de la gloria de Dios.

Hay en el Nuevo Testamento un libro á la vez doctrinal y profético, en el cual se contiene la historia de los últimos tiempos,

narrada anticipadamente de un modo misterioso; ese Libro es el Apocalipsis ó la revelación por excelencia. Si ningún libro de la Biblia tiene pretensiones literarias, mucho menos las puede tener el Apocalipsis, pues San Juan ha estampado en sus páginas divinas las visiones proféticas, que en el cielo le fueron manifestadas: ha escrito lo que vió. Pero con una sencillez admirable se halla en el Apocalipsis hermanada una majestad aterradora: Lamartine decía que, para comprender cuánta era la sublimidad del libro de Job, se lo debía leer en el desierto: el Apocalipsis no será comprendido sino por las últimas generaciones, cuando los mortales lo lean entre las convulsiones y trastornos del Universo agonizante. Esos ayes aterradores, que dan los Angeles, antes de derramar sobre la tierra sus copas llenas de la cólera de Dios, son como los postreros quejidos que exhala el Universo antes de desequilibrarse, trastornarse y hundirse de nuevo en el caos; y ese silencio, que, según

~~~~~  
el Evangelista, hubo en el cielo después de tantas escenas de terror y espanto, es como el reposo de la materia que está aguardando callada la voz del Omnipotente, para organizarse otra vez, formando un nuevo Universo.—El Apocalipsis no puede ser analizado: los misterios divinos se adoran, no se analizan.



CAPITULO TERCERO

Comparaciones literarias

Fin de los escritores sagrados.—Causa de su superioridad respecto de los clásicos paganos.—Pasajes paralelos.—Conclusión.

I

Hemos concluido la revista que nos propusimos hacer de los libros poéticos y de los cánticos de la Biblia; y, para dar fin á nuestros estudios sobre la belleza literaria de la Escritura Santa, presentaremos solamente algunas reflexiones generales.

Los autores sagrados, en sus poemas, y en general en sus escritos, no se proponían un fin profano ni el éxito literario; busca-

ban la gloria de Dios, siendo la belleza artística un resultado del esmero, que ponían en hacer las obras de Dios excelentemente: de aquí nace una diferencia notable entre los grandes escritores clásicos griegos y latinos y los autores sagrados. No obstante esta diferencia, es preciso reconocer que, como obras literariamente hermosas, los poemas de la Biblia son muy superiores á los más perfectos de la antigüedad clásica: esa superioridad no se halla solamente en el fondo, se halla también en el estilo, y es efecto de las nociones altísimas que el pueblo hebreo poseía acerca de la Divinidad. Compárense, por ésto, los poemas bíblicos con los de los griegos y latinos, y se conocerá cuánta es la ventaja que sobre ellos tienen.

Los mayores poetas helénicos son, á no dudarlo, Homero y los tres trágicos, Esquilo, Sófocles y Eurípides. ¿Cuál era la teología de estos grandes genios? Distingamos bien la idea que tenían de sus dioses y no la confundamos con las nociones

religiosas en que vivían imbuídos: sus creencias religiosas eran fatalistas; el hado, el destino inexorable era el que, de un modo ciego y arbitrario, gobernaba el mundo y disponía de la suerte de los mortales. Ahí está Prometeo, ahí está Edipo, ambos víctimas del destino. Los dioses de Homero, en la Iliada, son griegos, dotados de mayores fuerzas físicas que los hombres, con las mismas pasiones y con los mismos vicios que los humanos: pasiones más indomables, cierto; vicios más arraigados, pero al fin pasiones y vicios humanos.

Ninguno de los pasajes, que, por su belleza inmortal, no perecerán jamás en los poetas griegos y latinos, carece de otro pasaje paralelo en la Biblia; y la comparación no puede menos de hacer resaltar el mérito de los poemas bíblicos sobre los clásicos.—El Prometeo encadenado de Esquilo ¿podría compararse con el libro de Job? El gigante encadenado sobre las rocas del Cáucaso, se queja y se lamenta

~~~~~

con acentos atronadores; pero los desahogos sombríos y la elocuencia terrible de Job, deja muy atrás á las exclamaciones y amenazas proféticas de Prometeo, contra el padre de los dioses.

Los Coros del *Edipo rey*, en el famoso poema de Sófocles, son el grito más desgarrador, que á la musa griega le arrancó el espectáculo de las inevitables iras del destino.—En algunos salmos los gemidos del real Profeta son superiores: ¿qué tienen de comparables los clamores de espanto y de terror del numen griego, con las exclamaciones de dolor y de arrepentimiento de la musa inspirada de David? . . . . Como ya lo han observado otros escritores, la caída de David abrió en el alma del rey salmista una vena inexahusta de poesía, tan nueva, tan delicada, tan patética, que sorprende y admira. ¿De dónde brotaba ese raudal de expresiones, inventadas por la vergüenza y la confusión? Un corazón acongojado ¿podrá encontrar modos más enérgicos para dar á conocer su congoja?

~~~~~

En el canto sexto de la Eneida, tiene Virgilio el vaticinio de la Sibila de Cumas, que es indudablemente uno de los más bellos pasajes de su esmerada epopeya: la Biblia presenta otro, que no cede en hermosura al del gran poeta romano, y es el vaticinio de Balaán en el Libro de los Números.—La perfección del estilo virgiliano, aquel verso áureo, aquel exámetro, forjado en el fuego de la inspiración regida por el arte, ponedlo junto á la traducción latina de la Vulgata; y, á pesar de todas sus incorrecciones de lenguaje, no dejaréis de admirar el lirismo consumado de aquellos versículos, al parecer de tan humilde prosa.

En Homero hay rasgos sublimes, y ¿no los habrá en la Biblia? Aquel fruncir del seño, aquel sacudir la cabeza con desagrado, aquel temblor del Olimpo con sólo esas ligeras manifestaciones de cólera que da Júpiter, han sido, con razón, admirados en Homero: no obstante, ¿qué son esos rasgos comparados con los innumerables que tiene la Biblia, cuando habla del poder de

~~~~~

Dios? Júpiter no ha hecho el rayo, no: esa arma terrible del Tonante se la da forjada Vulcano, en los hornos del Etna: en Job, Dios hace una señal, y, al punto, los rayos saltan y se dirigen rápidos al sitio que Dios les ha señalado; estallan allí, hieren, y vuelven sumisos á ponerse delante de Dios, diciéndole: *¡Hémos aquí, prontos á tu mandato!*—Rasgos igualmente enérgicos y sublimes hay en Baruc y en el cántico de Habacúc.—El mundo está en oscuridad: Dios despide á la luz, y, al instante, vuela la luz, temblando de respeto, á alumbrar los ámbitos del mundo. ¿No será ésta una personificación sublime?

Esa mirada que lanza el Señor sobre todas las naciones, y ese quedar, al punto, todas las naciones pulverizadas, con una sola mirada de Dios, ¿no es más sublime que el temblar del Olimpo al arrugar Júpiter el entrecejo? ¿Dónde hay más energía? ¿Cuál poder es mayor?

Horacio, el lírico latino, se comparaba á sí mismo modestamente con la abeja, que

~~~~~  
vuelta de flor en flor; y decía que era empeño temerario el pretender imitar á Píndaro, cuya musa, semejante al cisne, se levantaba á los aires á impulsos de su poderosa inspiración: ¿qué diremos de la musa bíblica? El águila de Sión alza su vuelo majestuoso y se encumbra á las regiones de la luz, y, allá, se cierne, calentada por el sol de la inspiración, que, con los matices hermosísimos del iris, reverbera en sus agitadas pupilas: cuando, en círculos prolongados, desciende á la tierra, rasgando el aire con gallardía, parece que la tierra enmudeciera, guardando un silencio solemne, ante espectáculo tan magnífico.

Otra cualidad más excelente ennoblece á la Biblia, y es su originalidad. La literatura bíblica nace en el pueblo hebreo y crece y prospera en medio del pueblo hebreo, sin recibir de fuera influencia ninguna. Hay todavía una circunstancia digna de mayor ponderación, á saber, que la literatura sagrada nace perfecta, sin que aparezca antes de Moisés cosa ninguna, que

manifieste esos primeros ensayos que se encuentran en todas las literaturas, y que son como los primeros pasos que da el ingenio nacional en la expresión de la belleza literaria por medio del arte. En la cuna misma del pueblo hebreo, ya su literatura se presenta acabada y perfecta. La lengua ha llegado al desarrollo más completo de que era capaz; la historia está en un grado de sencillez y de orden inmejorable, y la poesía ha alcanzado todos los quilates de la perfección.

II

La poesía de la Biblia es eminentemente local y nacional; y, bajo este respecto, los salmos son admirables. Los salmistas reflejan en sus poemas la fisonomía de la Palestina, con todos sus rasgos característicos: David es cantor no sólo nacional, sino propiamente local. El cielo límpido y azulado de la Judea en los días serenos del año;

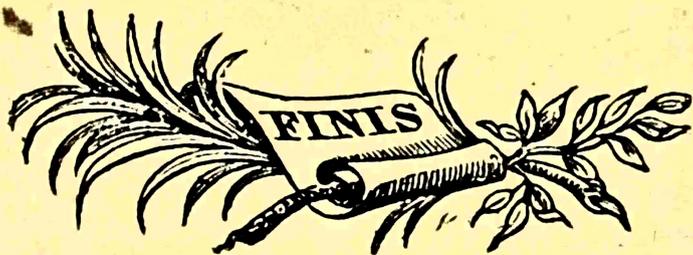
los grupos de nubes oscuras, amontonadas en la atmósfera en los momentos de tempestad; los relámpagos que fulguran con rapidez increíble de un extremo á otro del horizonte; los rayos, que serpentean en medio de las nubes; los truenos, que estallan haciendo retemblar el suelo, mientras el eco de los montes va repitiendo sucesivamente sus estallidos hasta apagarse á lo lejos; las pintorescas faldas del Carmelo; los prados fértiles de Basán; las colinas áridas, abrasadas por el sol; el Líbano, con sus cedros majestuosos, con su excelsa cumbre vestida de nieve, con sus torrentes y sus cascadas; el león, con su terrible fortaleza; el gorrión que anida en el alero de la casa, y los polluelos del cuervo, que pían de hambre entre las ramas agrestes de los árboles del campo, todo está reflejado con hermosura incomparable en los salmos. Nada es extraño, nada se ha tomado de fuera, todo es local.

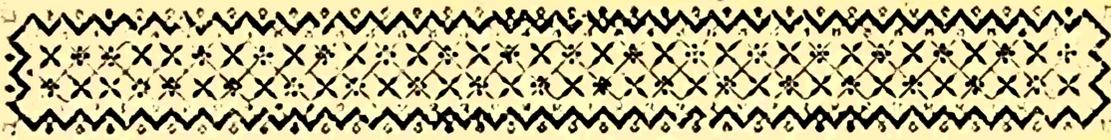
Mucho se ha celebrado, como una belleza literaria propia de la poesía lírica, el

aparente desorden en los conceptos y la incoherencia entre unas ideas y otras, por la supresión de los pensamientos intermedios, que el lector ó los oyentes pueden suplir con facilidad. Tal es lo que se llama el bello desorden de la oda; y este primor de la poesía lírica en ninguna otra literatura es más hermoso que en los salmos.—En Píndaro el bello desorden es propiamente una divagación, á la que se vió forzado el poeta, por la pobreza de sus asuntos, y, por eso, sus odas son oscuras y causan fatiga al entendimiento, que ante todo exige claridad. Horacio es menos incoherente y su exquisito gusto literario le hizo acertar siempre en sus poesías heroicas con el secreto de la belleza, así es que sin divagar jamás, se mantuvo siempre dentro de los límites de su asunto.— Los salmos pasan rápidamente de unos objetos á otros; pero sin romper jamás el hilo de la unidad de la composición: esa unidad consiste en los afectos, que el poeta se propone excitar respecto de Dios en

sus cantos inspirados; y así, aunque salta ligeramente de un objeto á otro, nunca sale fuera de su asunto principal, y las imágenes, y las comparaciones, y los recuerdos históricos y las alusiones á las ceremonias religiosas, á las prácticas civiles y á las costumbres domésticas todo está relacionado, de una manera secreta con el asunto principal.

Tales son las consideraciones, por las cuales debemos reconocer que en la Biblia hay verdadera belleza literaria, y que, aún bajo ese respecto, la Escritura Santa es muy superior á los mejores libros de todas las literaturas del mundo.





NOTAS

PRIMERA

Indicaciones bibliográficas

Una lista muy larga pudiéramos hacer de las obras escritas acerca de la poesía hebrea; mas nos limitaremos á enumerar aquí unas pocas, cuya lectura puede ser fácil para nosotros los americanos, entre quienes se halla actualmente generalizado el conocimiento de la lengua francesa.

LOWTH.—*Prælectiones de sacra poesi Hebræorum*.—Lowth fué profesor de literatura en la universidad de Oxford, y escribió su obra en latín. Nosotros recomendaremos la traducción francesa, hecha por Roger, y publicada con el siguiente título, el año de 1813, en París.—*Curso de Poesía sagrada*.—Dos tomos.—El traduc-

~~~~~  
 tor ha enriquecido la obra con las notas de Michaelis, traductor alemán de ella, y con una selecta colección de composiciones poéticas de los mejores autores franceses, que han traducido ó imitado pasajes de la Biblia.

VUILLAUME.—*El Oriente y la Biblia*. París: 1855.—Citada en la introducción.

PLANTIER.—*Estudios literarios sobre los poetas bíblicos*.—París: 1865.—Segunda edición.—Con todo el respeto que debemos al elocuente Obispo de Nimes, diremos que en sus hermosas conferencias sobre los poetas bíblicos hay puntos, en los cuales el análisis de las bellezas puramente literarias hace olvidar la inspiración divina y sobrenatural de los Libros santos. El mismo autor ha reconocido este inconveniente, y lo ha remediado tratando en una conferencia sobre la Inspiración de la Biblia. Por lo demás, pocos libros modernos habrá tan preciosos como los Estudios literarios de Monseñor Plantier sobre los poetas bíblicos.

RAULT.—*Curso elemental de Escritura Santa*.—París: 1875.—El autor expone el mérito literario de cada uno de los libros de la Biblia, como complemento del estudio de hermenéutica sagrada relativo á cada libro.

---

VAN STEENKISTE.—*Introducción al Libro de los Salmos*.—Brujas: 1886.—Obra doctísima, escrita en latín por uno de los más sabios comentadores católicos de la Biblia, en nuestros tiempos. Las nociones que contiene sobre la poesía sagrada son dignas de toda alabanza.

HENRY.—*Elocuencia y poesía de los Libros Santos*.—Un volumen, en francés.—El autor se ha aprovechado de todo lo mejor que se encuentra en los escritores así franceses como extranjeros, que habían tratado este asunto antes que él.

GARCÍA BLANCO.—*Análisis filosófico de la lengua hebrea*. En la segunda parte de esta obra se encuentra un tratado completo de Retórica y Poética aplicado á la Biblia, principalmente al texto hebreo de ella.

En la introducción hemos citado ya á Calmet, Fleury, La-Harpe, De-Maistre, Donoso Cortés, Cantú y Chateaubriand: pudiéramos recomendar también á Bossuet en sus tratados sobre la Escritura Santa; y la *Introducción*, que Lesètre ha publicado al frente de su traducción del Libro de los Salmos, que forma parte de la nueva Biblia francesa editada por Lethellieux, en París, en estos últimos años.

---

## SEGUNDA

### Del paralelismo en la poesía hebrea

Acalorada, y hasta ahora no concluida, disputa hay entre los eruditos acerca del metro propio de la poesía hebrea. Esta cuestión no se resolverá nunca, porque la crítica carece completamente de todos los datos necesarios para resolverla. Es inútil que nosotros nos ocupemos en el estudio de ella.

Sobre el paralelismo y sus diversas clases debe consultarse á Van-Steenkiste en su ya citada introducción al Libro de los Salmos.

Los Hebreos no conocían las cláusulas largas ni los períodos numerosos, y expresaban sus pensamientos en oraciones cortas. En las obras poéticas empleaban el *paralelismo*, que consistía en la repetición de ideas correlativas, en frases de una misma extensión, guardando correspondencia simétrica.

Distínguense tres clases de paralelismo, que son sinonímico, antitético y sintético.

Sinonímico, cuando se repite la misma sentencia; antitético, cuando hay contraposición en las sentencias, y sintético, cuando ambas senten-

cias tienen una forma idéntica.—Cualquiera de estas tres clases de paralelismo puede ser completa ó incompleta: siempre que haya exacta correspondencia en las dos cláusulas así en el número de las palabras como en la medida de ellas, el paralelismo es completo; si faltare una de estas condiciones, será incompleto.

### TERCERA

#### Traductores castellanos de los Salmos

No queremos decir aquí ni una sola palabra acerca de las traducciones en prosa, y vamos á hablar únicamente de las traducciones poéticas ó traducciones en verso.

Ocupa el primer lugar entre todas, la traducción de González Carvajal, dada á luz en el primer tercio del presente siglo.—González Carvajal tradujo no solamente los Salmos, sino también todos los demás libros poéticos de la Biblia: conocía á fondo el hebreo, el griego, el latín y el castellano; era poeta y manejaba con destreza el lenguaje poético, cuyos secretos le eran familiares. Católico sincero y profundamente piadoso, se hallaba en condiciones muy



favorables para interpretar á los escritores sagrados. Su obra es una de las más preciosas joyas de la literatura castellana contemporánea.—La traducción del *Cantar de Cantares* es admirable, y no puede menos de calificarse como de obra maestra, bajo todos conceptos.

La del Libro de Job es hermosa; y ella sola habría bastado para granjearle fama inmortal al traductor.

La de Isaías era empresa punto menos que imposible; pero Carvajal la acometió y salió airoso con ella, por lo gallardo y lucido del desempeño.

La de Jeremías y la de los Cánticos del Antiguo y del Nuevo Testamento no son inferiores en mérito ni á la de los Salmos ni á la de Isaías.

González Carvajal ha expresado en castellano los pensamientos y los afectos del Salmista, con cuanta exactitud le era posible, atendida la índole diversa del hebreo y del castellano y los caracteres peculiares de la poesía lírica hebrea. Parafrasea algunos pensamientos; amplifica de cuando en cuando más de lo necesario: lucha con las dificultades del metro, y se le nota ya oprimido, ya arrastrado por la exigencia de la rima; da vueltas para cerrar la estrofa sin añadir

ni quitar nada esencial á la concisión enérgica y al inexorable paralelismo de los versículos de la Vulgata; pero nunca se queda embarazado por tan graves dificultades, ni se abre camino sustituyendo conceptos de su cosecha á los pensamientos del original. Su traducción es fiel y hermosa: es un monumento literario de mérito indisputable.

Hay en castellano otra traducción en verso de todos los Salmos y de los Cánticos sagrados; se conoce con el nombre de *Salterio peruano*, que fué el título que le dió su autor el Sr. Valdez, natural de la vecina República del Perú.—La traducción de Valdez está en diversidad de metros, y puede sostenerse con mérito al lado de la de González Carvajal. La elección del metro y de la estrofa le obliga algunas veces á parafrasear el pensamiento con mengua de la concisión y de la energía; sin embargo, algunos Salmos están hermosamente traducidos y conservan un reflejo de la belleza característica del original.

Valdez dió á su traducción de los Salmos el título de *Salterio peruano*, y el célebre Olavide, también natural de Lima, puso á la suya el nombre de *Salterio español*.—Olavide no era poeta; ignoraba además el hebreo y el griego: su tra-

ducción no es, pues, otra cosa que una paráfrasis en verso del texto latino de la Vulgata: paráfrasis descolorida, lánguida y hasta cansada.— En la elección del metro Olavide es infeliz; y, con la pesada combinación del terceto, camina como quien lleva á cuestas una carga enorme y se fatiga él mismo y fatiga al lector. Si el respeto debido á los hombres célebres no nos lo prohibiera, nosotros diríamos que Olavide parece que hacía penitencia más por miedo de la Inquisición que, por amor á Dios, tan heladas son sus paráfrasis de los Salmos.

El insigne Fray Luis de León ha dejado entre sus obras poéticas la traducción de algunos Salmos y de gran parte del Libro de Job. Nadie podía interpretar mejor que Fray Luis de León á los poetas bíblicos, pues era profundo conocedor del hebreo, manejaba con suma destreza el castellano y poseía todos los secretos teológicos para la recta inteligencia de la Escritura. Sin embargo, sus traducciones son desiguales, y también parafrasea demasiado, con perjuicio de la concisión, que tanta energía comunica al original.

En la traducción de Job emplea el terceto, nada adecuado, por cierto, á la entonación ve-

---

hemente y elevada y á la marcha rápida del texto hebreo.

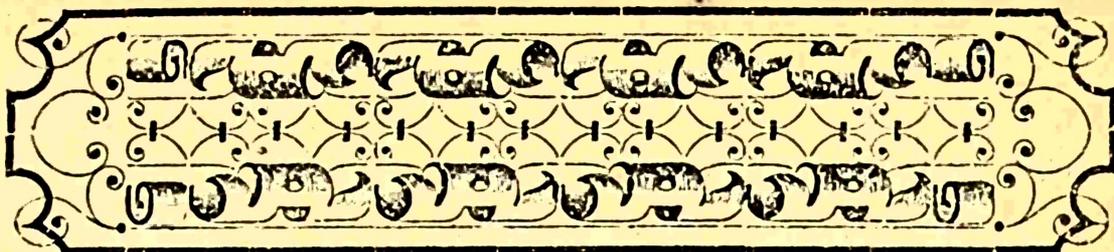
Fray Diego González, religioso agustiniano de principios de este siglo, hizo la mejor traducción que tenemos en verso del *Magnificat*, y completó la parte de Job, que dejó inconclusa Fray Luis de León.—El mérito de Fray Diego González consiste en haber sabido imitar á Fray Luis de León tan perfectamente, que sus traducciones de Job se confunden con las del famoso maestro salmantino. Tanto en las traducciones del Padre León, como en las del Padre González hay una riqueza abundantísima de giros castellanos, no sólo nuevos sino enérgicos y elegantes; por cuyo motivo el estudio de estas traducciones no puede menos de ser provechoso á los que cultivan la literatura castellana.

Tales son las principales traducciones poéticas de los Salmos y de otros Libros santos, acerca de las cuales queríamos decir una palabra, para complemento del presente opúsculo sobre la Belleza literaria de la Biblia.—Es muy deplorab'e que algunas ediciones de estas traducciones castellanas carezcan absolutamente de notas, que ilustren y expliquen el sentido literal de la Escritura; por esto aquí recomendamos solamente

---

la lectura de la traducción de González Carvajal en la edición española primera hecha en Valencia. Consta de once volúmenes y tiene el texto latino de la Vulgata, la traducción en prosa del texto, y notas abundantes llenas de erudición y de sana doctrina. El estudio de la traducción de González Carvajal debe hacerse en la primitiva edición española, que acabamos de recomendar. González Carvajal con su traducción de los Libros poéticos de la Biblia dotó á la literatura castellana de una obra sin rival en las literaturas de las naciones modernas, pues trabajo de tanto mérito no lo poseen ni Francia ni Italia, tan ricas en esa clase de producciones literarias. — La edición se hizo en la acreditada tipografía de Monfort, año de 1819.





# EL PADRE LACORDAIRE

---

Una observación respecto de Francia.—Renovación literaria acaecida en Francia á principios de este siglo.—Actitud de Lamennais.—El Padre Lacordaire se asocia á Lamennais.—Carácter de la elocuencia de Lacordaire.—Necesidad y oportunidad de su predicación.—El Padre Lacordaire en el púlpito de Nuestra Señora de París.—El Padre Lacordaire como escritor.—Su patriotismo.—Sus virtudes como religioso.—Calumnias de que fué víctima.—Gloria del Padre Lacordaire.

## I

En Europa, que es la parte más civilizada del mundo, hay una nación que, á nuestro juicio, es la más culta de Europa: esa nación es Francia.—Otras naciones le ha-

rán ventaja á Francia en diversas cosas; pero en cultura, Francia tiene indudablemente el principado sobre las demás naciones de Europa.

Francia ha recibido de la Providencia el dón de difundir y de popularizar las ideas en todo el mundo civilizado. Las ideas más nuevas y más útiles permanecen alestargadas mientras no las hace suyas la Francia; y empiezan á correr y á divulgarse por el mundo y á ejercer grande influencia, desde el momento en que las patrocina una pluma francesa. Han de pasar primero por el cerebro de un francés, y allí han de ser vivificadas con un fuego nuevo, mediante el cual encienden después las inteligencias y cunden por el mundo como llamas atizadas por viento favorable. Desde el siglo famoso de Luis décimo cuarto, en que Francia empuñó el cetro de la literatura, hasta ahora, no lo ha dejado caer de su mano, y lo lleva levantado, rigiendo todavía el movimiento literario en el mundo civilizado. Enseñoreada del mundo de

~~~~~  
las letras, impone la ley de la moda literaria en el comercio de las ideas; así como dicta las prescripciones caprichosas de la moda en las costumbres de la sociedad culta y adelantada. Siempre Señora del buen gusto y del buen tono; vencida en el campo de la política, pero siempre vencedora en el terreno de la belleza literaria y de la cultura social. ¿Cómo se explica semejante predominio?

Ciencia verdadera, filosofía, erudición, se encuentran en muchos escritores alemanes, ingleses é italianos: ¿por qué, pues, no ejercen éstos la misma influencia que los escritores franceses? No basta saber pensar, no basta poseer ciencia, no basta tener riqueza de erudición; es indispensable saber expresar con gracia, por medio de la palabra escrita, el pensamiento: los autores franceses son maestros en el arte de escribir, y poseen el secreto de la belleza en la palabra escrita, con cuyo medio, deleitando el ánimo de los lectores, difunden, con asombrosa facilidad, sus ideas.

Los escritores franceses saben dar novedad á los pensamientos más vulgares; visten tan diestramente la frase, que su estilo es sencillo, sin dejar de ser hermoso; y su lenguaje, florido, sin pecar contra la naturalidad. Sobre todo, la pluma francesa es dueña de la principal dote literaria, de la claridad, sin la cual no hay belleza en los escritos: el francés no es confuso ni embrollado; tampoco es verboso, como el italiano, ni declamador como el español; es claro, límpido, y sus pensamientos, encerrados en el cauce lógico de su idioma, corren sin tropezar ni enturbiarse jamás. La lengua francesa, por su misma índole, contribuye á la claridad y á la concisión.

Después de la famosa revolución de 1789, que trastornó de arriba abajo completamente la sociedad francesa, cuando parecía que en la literatura había de continuar imperando el ateísmo materialista, puesto en boga por la pluma fácil de los Enciclopedistas del siglo pasado, de repente comenzó una reacción en el sentido es-

piritualista y cristiano. A principios del siglo presente, aparecieron tres escritores originales, que acometieron la empresa de regenerar la sociedad, por medio de la regeneración de la literatura: el ingenio francés se había enervado, y ya la literatura había caído en un estado de languidez y de postración lamentable, sin originalidad, sin vigor y con una cierta especie de belleza puramente convencional. Los tres escritores, que regeneraron la literatura francesa fueron Bonald, De Maistre y Chateaubriand: cada uno de ellos grande, original y poderoso en su esfera de acción literaria. Ninguno de los tres pertenecía al estado eclesiástico; eran seculares, descendientes de la antigua nobleza de Francia.

Pensadores notables y escritores distinguidos todos tres, pero cada uno de ellos eminente en un género especial de literatura, ejercieron gran influencia sobre sus contemporáneos. Bonald filósofo, De Maistre teólogo, Chateaubriand poeta: con

una originalidad inesperada y una destreza literaria magistral, se repartieron el dominio en la república de las letras. Bonald, con su *Ligislación primitiva*, llamó la atención de los ingenios reflexivos hacia las elevadas cuestiones de la Filosofía y del Derecho: De-Maistre, en su obra *Del Papa*, trató de la autoridad de la Silla Apostólica, haciendo palpar los benéficos resultados, que, en el orden moral, en el intelectual y en el político, dimanaban del Jefe del Catolicismo, sobre las naciones que se mantenían fieles al dogma de la unidad católica. El libro que el mismo Conde publicó sobre *La iglesia galicana* fué una severa lección, dada, con el testimonio de la Historia, á las inteligencias honradas, que, en mala hora, habían cerrado sus ojos á la luz de la experiencia. Chateaubriand, con un estilo seductor, no diremos que narró sino que cantó las bellezas poéticas de que era creador el *Genio del Cristianismo*. En su *René* abrió á la inspiración la hasta entonces desdeñada

~~~~~  
vena de la ternura melancólica y de los recuerdos domésticos. Su poema de *Los Mártires* fué una como resurrección literaria del espíritu cristiano, bajo las formas primorosamente cinceladas de la musa helénica; y su *Atala* dió á conocer un nuevo mundo de poesía y hermosura, hasta entonces ignorado.

Más tarde, otro gran escritor agitó la sociedad francesa hablándole, con desenfado, de la *Indiferencia en materia de Religión*, en estilo tan vigoroso y en lenguaje tan acerado, que nadie pudo permanecer indiferente é impasible: el poderoso pensador había aplicado á la sociedad una palanca irresistible, con la que puso en movimiento á las naciones europeas.

Lamennais era aquel gran agitador: convertido á la fe católica, y después sacerdote, su alma necesitaba de la lucha, como de un aire de vida. Se presentó en la arena del combate, y, diestro conocedor de las necesidades morales de su época y de su nación, eligió el sitio y arapejó las ar-

mas. ¿Qué campo escogió? ¿Cuáles fueron sus armas? . . . . . Se acampó en el terreno ardiente de la política, y su arma fué el periodismo. Lamennais no estaba solo; su fama le había atraído discípulos, y en torno del maestro famoso se agrupaba una falange de ingenios esclarecidos. El más célebre de los colaboradores de Lamennais en el retiro de "La Encina" y en la redacción de "El Porvenir" fué indudablemente Lacordaire.

Enrique Lacordaire era entonces un sacerdote joven, á quien el anhelo de defender la causa católica lo había atraído al lado de Lamennais.—Su educación cristiana fué esmerada; pero en el colegio perdió, ó á lo menos sintió amortiguarse en su alma los sentimientos de piedad y de devoción, que le había inspirado su excelente madre: sin embargo, jamás se corrompió ni menos se echó á andar por el camino del vicio, conservándose cristiano en el fondo de su corazón, aunque en su vida exterior no se notaba cuidado ningun-

---

no por parecerlo. Su alma recta y noble se mantuvo siempre no sólo honesta, sino limpia y pura. Dotado de un ingenio extraordinario, comenzó á brillar en el foro, y llamó la atención de Berryer, [el más elocuente de los jurisconsultos que entonces tenía la Francia,] el cual admirado de las dotes de inteligencia y de corazón que descubría en el novel abogado, anunció que en Lacordaire la tribuna francesa poseería más tarde una gloria tan grande, que oscurecería á las antiguas, incluso la suya propia. El presagio de Berryer se cumplió admirablemente; pero no fué la tribuna política y el foro, sino la cátedra sagrada la que mereció brillar y engrandecerse con la elocuencia de Lacordaire.

Esta gran figura de la Francia católica contemporánea debe ser estudiada desde diversos puntos de vista, para que se conozca su magnitud asombrosa y se adviertan sus rasgos de perfección nada comunes; en Lacordaire conviene considerar al escritor, al orador, al hombre público y al

~~~~~  
religioso, pues el insigne dominicano bajo todos esos cuatro aspectos fué original y digno de admiración.

II

Lacordaire fué orador: muchos lo fueron antes que él; ¿en qué está, pues, su mérito? Lacordaire fué elocuente; ¿no lo han sido otros innumerables? Lacordaire fué gran predicador; ¿acaso, en esa misma Francia no había habido antes otros grandes predicadores? ¿Cuál es, por lo mismo, el mérito de Lacordaire? El Padre Lacordaire no es un predicador á la manera de Bourdaloue, ni á la de Massillón, ni á la de Bossuet: no es un misionero popular, como Bridaine, ni un orador como Fenelón; y, sin embargo, es un gran orador: su mérito está precisamente en su originalidad. ¡Predicador y original! ¿Cómo? ¿Era posible originalidad en el dogma católico, cuyo carácter esencial de verdad es la inmutabilidad? ¿Podía caber ori-

ginalidad en una doctrina predicada durante diez y ocho siglos? Y, á pesar de la inmutabilidad eterna del dogma católico, y á pesar de lo conocido de la enseñanza católica, el Padre Lacordaire fué original; y es preciso añadir, que la originalidad de su palabra fué hermosa y fascinadora, y que subyugó las voluntades, enseñoreándose de las inteligencias. En la misma Francia hubo muchos que le censuraron de buena fe y con recta intención; y no faltaron algunos que lo condenaron y reprobaban como á innovador: unos estaban equivocados, otros eran rivales envidiosos.—¿Le hubieran faltado rivales envidiosos al Padre Lacordaire? Si el Padre Lacordaire no hubiera tenido enemigos gratuitos, la historia no habría necesitado tratar del Padre Lacordaire, le hubiera dejado ahí, sepultado bajo el polvo de su propia nulidad. Por ventura, el verdadero mérito, ¿careció alguna vez de enemigos? Sólo las nulidades no gozan del honor del odio

En todo fué original el Padre Lacordaire: no fué solamente un ingenio notable, ni poseyó tan sólo un talento claro y nada común: estuvo dotado además de esa vista extraordinaria, que de una mirada alcanza á descubrir lo que generalmente ni aún los mismos varones doctos logran conocer: veía en lo futuro, porque conocía mejor que todos sus contemporáneos las necesidades morales y el estado de la sociedad francesa en su época. ¿Qué época era esa? Era cabalmente una época de crisis religiosa muy delicada: acababan de pasar los paroxismos de la impiedad revolucionaria y comenzaban á sentirse las inquietudes y las ansias de todos los espíritus, estimulados por la necesidad de creer en la verdad: tras los movimientos bruscos de la revolución, que todo lo había agitado y trastornado, venían las oscilaciones de la duda y las angustias devoradoras de quien respira en medio de una atmósfera dañada. Era el año de 1830: la aversión sistemática á todo lo que tenía relación con la Iglesia ca-

tólica era todavía muy fuerte en Francia, y en gran parte nacía del engaño en que muchos estaban respecto de las doctrinas y de las prácticas de la única Religión verdadera: conocían á fondo todo cuanto los filósofos enciclopedistas habían escrito contra los dogmas cristianos y contra las máximas morales del Catolicismo; pero ignoraban la verdad: dando crédito á la calumnia, no pensaban en buscar la luz sino á medias, temerosos de verse obligados á reconocer su error, y á confesar los misterios en que no tenían todavía el valor de creer. Unos se mantenían tranquilos en el engaño; otros se declaraban enemigos de la revelación, que, según ellos, humillaba el espíritu, y muchos dudaban, fluctuando angustiados entre la verdad y el error: los creyentes sinceros descansaban tranquilos en su inquebrantable adhesión á la fe de sus mayores. La situación era, pues, excepcional, y Dios se dignó suscitar un hombre extraordinario, para que hablara á sus contemporáneos el lenguaje que ellos nece-

~~~~~  
sitaban, y el único que ellos podían comprender: ¿quién fué ese hombre? ¿Quién? Ese hombre extraordinario fué el Padre Lacordaire!

Cuando el famoso dominicano subía al púlpito de Nuestra Señora, y dirigía una mirada sobre las apiñadas muchedumbres, que henchían las espaciosas naves de la gran Basílica de París, sin duda, sentía que su alma se llenaba de celo por la gloria de Dios: entonces se hallaban frente á frente el sacerdote católico y el siglo décimo nono: aquél, sereno y tranquilo; éste, agitado y turbulento! ¿Qué pedía al sacerdote el siglo décimo nono? Le pedía que sobre su faz árida soplara el soplo de la vida; y abría el fraile sus labios inspirados, y de su pecho comenzaba á brotar la elocuencia, al principio lenta y reposada, cual un vientecillo suave; luego rápida, y, al fin, vehemente é impetuosa, como el huracán, que cae sobre las aguas del océano y las pone en movimiento y las agita y las sacude y las revuelve!! El predicador ha-

~~~~~  
bía tomado posesión de su auditorio, y con su palabra no solamente lo dominaba, sino que lo tenía rendido y subyugado. ¿Lo habría dominado, si el predicador no le hubiera hablado la palabra que el auditorio necesitaba? Esa palabra, que principiaba por tocarlo, y acababa por derribarlo. Si el auditorio de Lacordaire no hubiera encontrado la palabra que necesitaba, habría permanecido indiferente é insensible. Mas, ¿qué palabra era esa? Examinémosla despacio.

Antes, los predicadores, cuando hablaban á sus oyentes, no necesitaban convencerlos primero de la verdad de la Religión cristiana: todo el que acudía al templo iba profundamente convencido de que la Religión era divina, de que sus dogmas eran revelados por el mismo Dios, de que la Iglesia Católica era la única verdadera Iglesia de Jesucristo, y de que fuera de ella no había salvación posible. El predicador contaba con el convencimiento de sus oyentes, y sabía que estaban dispues-



~~~~~

tos á escucharle en silencio, con docilidad y con humildad, ahora los censurara, ahora los reprendiera. ¿Quién dudaba de las verdades eternas? ¿Quién negaba los misterios de la Religión? El fundamento para la elocuencia del predicador era la fe de sus oyentes: con el Padre Lacordaire, al contrario, su elocuencia estribaba en la incredulidad religiosa de su auditorio. ¿Cómo así?—Ese auditorio inmenso, que se agolpaba en París en torno del púlpito de Nuestra Señora, ávido de escuchar al Padre Lacordaire, era la muchedumbre más variada y heterogénea, que podía congregarse en la capital del mundo civilizado: en esos millares de oyentes había protestantes de todas las comuniones, ateos, deístas, materialistas, socialistas, sancimonianos y furieristas: indiferentes en religión, tolerantistas y filósofos de todas las escuelas: católicos fervorosos, políticos de todos los partidos en que estaba dividida la Francia, periodistas, hombres de estado y grandes escritores. Era aquella muchedumbre

~~~~~  
dumbre un verdadero caos intelectual, sobre el que debía cernerse la palabra sacerdotal, para hacer brillar la luz y dividir la verdad del error.

No vayáis á pensar que los concurrentes á la Catedral de París hayan solido esperar la hora del sermón de Lacordaire, sumidos en mudo recogimiento, no; unos, es verdad, guardaban silencio; pero otros departían en voz baja con los que estaban á su lado: algunos recorrían las columnas de los periódicos: los católicos oraban; y en la muchedumbre reinaba la más completa libertad y, por consiguiente, también la confusión más desordenada. Asomaba el orador, y su presencia en el templo era anunciada por un creciente murmullo, que duraba hasta que Lacordaire se dejaba ver de pie en el púlpito, con los ojos en tierra, los brazos cruzados bajo el escapulario, y el semblante modesto, como de quien, dominado por una vehemente conmoción interior, recogido dentro de sí mismo, meditara profundamente: el murmu-

llo y el ruido se apagaban; reinaba el silencio y la calma era tan absoluta que se hubieran podido percibir las palpitaciones del corazón de esos millares de espectadores que aguardaban oír la voz del orador. — Lacordaire había despertado de su recogimiento: comenzaba á hablar: en el timbre de su voz se notaba el estado de emoción en que se hallaba su ánimo: después de un instante, las modulaciones llenas y sonoras de su voz, clara, argentina, musical, se dilataban cadenciosamente por los ámbitos del templo: el inmenso auditorio se había colgado de los labios del Padre: esos millares de ojos estaban clavados en el predicador: poseído ya por la inspiración, el rostro de Lacordaire se había demudado, y de sus ojos, grandes, vivos y centellantes, se desprendía una claridad fascinadora. — Era aquella una hora solemne: reinaba el silencio: la palabra mágica de Lacordaire había triunfado!! Jamás, dice un testigo presencial; jamás podrán ser echadas en olvido las *Confere-*

cias del Padre Lacordaire, esas grandes fiestas de la elocuencia, á las que acudía á la Catedral de París la Francia entera, representada por los prohombres que poseía entonces esa gran nación.

¿Qué eran las Conferencias del Padre Lacordaire? ¿A qué género de elocuencia pertenecían?

III

Las Conferencias, pronunciadas por el Padre Lacordaire, son discursos sagrados, cuyo objeto es la demostración de la divinidad de la Religión cristiana: son, por lo mismo, una apología de la verdadera Religión, hecha, de viva voz, con todas las galas de la elocuencia. No son pláticas; no son sermones; no son homilías; en el sentido, que esas denominaciones tienen en la Retórica; son una apologética del Catolicismo, dirigida al siglo décimo nono, por la voz más elocuente que ha resonado en este siglo.

~~~~~

Este genero de elocuencia sagrada no era del todo nuevo, ni enteramente desconocido en la Iglesia católica, pues se encuentran discursos apologéticos y demostrativos del dogma y de la moral en Massillon, en Bossuet y aún en los mismos Padres y Doctores de la Iglesia. Antes que Lacordaire había principiado este género de predicación el Obispo Frayssinous, no sin grande aplauso del público y provecho de sus oyentes; pero el que lo fundó, lo disciplinó y le dió importancia social fué el insigne dominicano.

Esta demostración apologética, tan admirablemente desempeñada por Lacordaire, era una necesidad moral de la ciudad de París en aquella época: el éxito de la predicación del gran apologista fué brillante, y sus resultados sociales, inesperados. El triunfo de la verdad católica no podía ser más espléndido: las *Conferencias* de Nuestra Señora de París, inauguradas por Lacordaire, continúan todavía. Después del Padre Lacordaire han ocupado ese

---

histórico púlpito los Padres Ravignan, Félix y Monsabré: los dos primeros jesuitas; el último dominico, discípulo y colega de Lacordaire.

Las Conferencias del Padre Lacordaire desenvuelven un solo tema, que es la demostración de la divinidad de la Iglesia católica: principia sentando, como base de su demostración, un hecho histórico innegable, cual es la existencia, en medio de las naciones, de una sociedad religiosa llamada la Iglesia católica. Ese hecho es público, ese hecho está vivo, ese hecho está palpitante: fué de ayer y es de hoy: fué hecho pasado, y es hecho presente. Puesto este fundamento, es preciso preguntar: ¿desde cuándo ha existido esta sociedad? ¿De qué manera está organizada? ¿Cómo se ha conservado al través de los siglos? ¿Cuál es su cabeza? ¿Cuáles son sus medios de acción? ¿Qué consecuencias ha producido con sus doctrinas esa sociedad sobre la inteligencia, sobre el corazón del hombre, sobre la organización

social, sobre el poder público?—Todas estas preguntas se las hace el Padre Lacordaire, y las va contestando una tras otra, en una serie de discursos, que se suceden con un encadenamiento lógico riguroso.

Estas cuestiones se hallan enlazadas con otras tres, de trascendental importancia, que son la cuestión relativa al hombre, la cuestión relativa á Jesucristo, y la cuestión relativa á Dios. Al hombre, porque la Iglesia católica se compone de hombres; á Jesucristo, que es el Fundador de la Iglesia, y á Dios, que es el último fin del hombre.

Según el plan que el Padre Lacordaire se había propuesto, el conjunto de todas sus conferencias debía ser una apología completa del Catolicismo; por desgracia, este grandioso plan no llegó á concluirse. En las Conferencias pronunciadas en Tolosa, había comenzado recién á tratar de la parte moral de este asunto, cuando la muerte selló para siempre los labios del elocuente religioso.

---

No son estas dos series de Conferencias los únicos monumentos, que nos han quedado de las extraordinarias dotes oratorias del Padre Lacordaire.—Han visto la luz pública y se han difundido por medio de la imprenta sus Oraciones fúnebres y algunos de sus Panegíricos: en todos estos discursos, Lacordaire es siempre Lacordaire, con su palabra elocuente, tan originalmente hermosa.

Se han publicado además, como obras póstumas, varias colecciones de sermones y pláticas del mismo Padre, mediante apuntes manuscritos, encontrados después de su muerte.

Examinemos sus Conferencias.—¿Qué juicio podremos formar acerca de ellas?

Si las consideramos desde el punto de vista estrecho de los preceptos de la retórica clásica de las escuelas, no encontraremos en estos discursos ni exordio ni proposición ni narración ni mucho menos división: ¿qué encontraremos en ellos? Hallamos lógica y elocuencia.

---

Sus exordios son cortísimos, sencillos y sin aparato retórico alguno: tienen otra prenda, que los hace interesantes, y es su naturalidad. Sus proposiciones son precisas, y están expresadas con suma claridad: nada de aparato retórico, volvemos á decir, nada.—En estos exordios y en estas proposiciones hay un tino admirable, y se nota esa discreción oratoria exquisita que poseía el Padre Lacordaire, y que por nadie podrá ser imitada.

En los discursos hay solidez en los argumentos, filosofía en los conceptos, abundancia de doctrina en las demostraciones: exposición clara, estilo encantador, lenguaje correcto y una originalidad envidiable, para expresarlo todo con hermosura y novedad. El Padre Lacordaire era un literato consumado; y, á pesar de la brillantez de su lenguaje y de la viveza de su imaginación, los adornos floridos con que embellece su estilo son de un gusto puro y delicado. ¿Qué mérito podrá faltar á esas obras imperecederas de elocuencia arreba-

tadora? . . . . . Unas veces, calmado y sencillo, discurre sobre puntos elevados de la doctrina católica: otras, se agita, se sacude, va, viene, se alza de la tierra, despliega sus alas vigorosas, tiende el vuelo y se encumbra; se mantiene por instantes como en éxtasis soberano y luego descende. . . . . Ha estado suspenso como sobre un abismo, y los oyentes necesitan dar descanso al pecho anhelante. En esos raptos de elocuencia, el Padre Lacordaire fué único, fué excepcional: eran unos como viajes aéreos rapidísimos, en los cuales, según la frase gráfica del Conde de Riancey, el Padre Lacordaire, como el Angel de la Biblia al Profeta Habacúc, tomaba á sus oyentes por un cabello de la coronilla de la cabeza y los transportaba con ímpetu de una región á otra. .

Algunas de sus conferencias son incomparables: ¡qué manera de expresarlo todo! ¡qué gracia tan primorosa! ¡qué novedad tan sorprendente! . . . . . Las está uno leyendo, callado, á solas, en las imperfectas



traducciones castellanas, y á esos golpes repentinos de elocuencia inesperada, suelta involuntariamente el libro y prorrumpe en admiración. . . . . ¿Qué sería oír al orador, verlo en el púlpito, presenciar sus movimientos, contemplándolo de frente, cuando lo poseía, cuando lo dominaba la inspiración? . . . . . ¡Ah! Con razón la inmensa muchedumbre fascinada por la palabra del Padre, y casi fuera de sí por la admiración, estallaba en aplausos y rompía en estrepitosos palmoteos!! . . . . . La actitud del predicador era vivísima, pero espontánea y no forzada; natural y no aprendida: sus grandes ojos negros, chispeando con el fuego de la inspiración oratoria, despedían rápidos y delgadísimos rayos de luz por entre sus crespas y largas pestañas: la cabeza raída, coronada apenas por una delgada cinta de pelo, adquiría un aire de señorío y de dominio, que comunicaba mayor realce á los rasgos de su fisonomía singularmente hermosa: en la cara del Padre Lacordaire se sonreía la

inocencia, con el gesto de la más simpática y avasalladora magnanimidad. . . . . hasta los pliegues de la ancha manga de su túnica blanca, cuando extendía entrambas manos, aumentaban los efectos felices de su inimitable acción oratoria.

Como para probar lo que hemos dicho, citaremos las admirables Conferencias sobre la castidad, que son dos obras maestras bajo todos conceptos, y el Panegírico del Beato Fourriere, uno de los más elocuentes discursos de Lacordaire y una de las obras más perfectas de la elocuencia sagrada

#### IV

Como escritor la prenda más notable de sus obras es la elocuencia: era tan elocuente cuando hablaba, como cuando escribía. No haremos mención sino de las que están traducidas al castellano, que son la *Vida de Santo Domingo de Guzmán*, *Santa María Magdalena*, *Las Cartas sobre la piedad*

*cristiana* y su famosa *Carta sobre la Santa Sede*. No sabemos que se hayan vertido al castellano ni *Las reflexiones sobre el sistema filosófico de Lamennais* ni la *Memoria para el restablecimiento de los Padres Dominicanos en Francia* ni ninguno de sus otros trabajos literarios.—Por punto general, ninguna obra del Padre Lacordaire ha tenido la fortuna de encontrar buenos traductores, y todas han caído, á lo que parece, en manos de especuladores, incapaces de trasladar á nuestra lengua los primores del original francés.

La *Vida de Santo Domingo de Guzmán* es uno de los libros más nuevos y más originales que posee la literatura católica contemporánea, en la nación francesa: fué un libro innovador, que causó una revolución saludable en la Hagiografía, contribuyendo á dar novedad á un ramo tan importante de la literatura católica, como es la historia ó las biografías de los santos.—Estudio profundo y detenido de las más puras fuentes históricas, criterio elevado,

~~~~~

conocimiento vasto de la época en que vivió el santo Patriarca, y tacto delicadísimo para apreciar todas las circunstancias interesantes, tales son los méritos literarios de esta obra de Lacordaire. El estilo es sobrio en adornos, grave y noble: la sencillez clásica y la hermosura bíblica se dan ahí la mano, en esas páginas, en que el biógrafo no pudo ocultar que palpaba de entusiasmo reverente hacia uno de los mayores santos que la Iglesia católica venera en sus altares.—La Vida de Santo Domingo fué escrita por Lacordaire, mientras pasaba su año de noviciado en el convento de La Quercia cerca de Viterbo: entonces comenzó á firmar añadiendo á su nombre el de Domingo, y ya no fué sólo Enrique Lacordaire, sino el PADRE FRAY ENRIQUE DOMINGO LACORDAIRE DE LA ORDEN DE LOS HERMANOS PREDICADORES.— Ese rasgo de imponerse el nombre de Domingo era muy propio del gran Lacordaire, en cuya alma la energía estaba adunada con la ternura; y la Vida de Santo Do-

mingo no era sino el ex-voto, que el novicio fervoroso depositaba en el altar del Patriarca, á quien desde aquel día comenzaba á llamarle padre. Libro votivo, ex-voto, en que la mano del literato cinceló, con amor, sobre páginas de oro, la santa figura del Fundador y propagador del Rosario!

La Vida de Santo Domingo de Guzmán, escrita por el Padre Lacordaire ¿tiene, en verdad, algún mérito literario?—Chateaubriand la leyó, se admiró de la obra y la aplaudió calificándola de uno de los libros más excelentes entre los que enriquecen la literatura francesa: ya lo véis, Chateaubriand, ¿no sería en materias literarias un juez muy competente? El autor de los *Estudios históricos* conocía á maravilla la literatura francesa. ¿Podrá dudar alguien de semejante voto? Para conocer la habilidad del Padre Lacordaire para el estilo histórico, bastará leer el capítulo en que, á grandes rasgos, describe el estado del mundo en el siglo décimo tercio.

La Carta sobre la Santa Sede es uno de los escritos más hermosos y más elocuentes del Padre Lacordaire, y élla sola bastaría para disipar cualquiera sombra de duda, que en punto á la sinceridad de sus convicciones católicas pudiera suscitar la calumnia ó la ignorancia. El concepto, que de la grandeza histórica del Papado y del encargo providencial de la Silla Apostólica tenía Lacordaire es incompatible con las aberraciones político-religiosas, que gratuitamente le han atribuído sus enemigos. La serenidad del alma del Padre Lacordaire se ha reflejado en esas páginas, llenas de elocuencia y de sabiduría.

Sus tres *Cartas á un joven sobre la Vida cristiana* son la expresión de lo que Lacordaire era como Teólogo y como intérprete de la Escritura. El brillante apolo-gista del Catolicismo era también un escritor extraordinario: en el silencio de su celda, con la pluma en la mano, era tan admirable como en el púlpito, cuando hablaba de Jesucristo. ¡Así se debe hablar

~~~~~  
de Jesucristo, como hablaba Lacordaire!  
¡Así se debe escribir de Jesucristo como  
escribía el Padre Lacordaire!..... Esos  
renglones han sido trazados por el amor  
filial, que adora y teme, que admira y ben-  
dice: cuando la mano iba escribiendo, sin  
duda, el corazón estaba orando.

El trabajo sobre *Santa María Magda-  
lena* es el monumento más precioso de su  
inimitable pluma. Llevaba el fervoroso  
Padre Lacordaire el vaso de alabastro, lle-  
no del aroma exquisito de la devoción cris-  
tiana, en su alma generosa, y esas dos  
obras, en que ha hablado del Maestro Di-  
vino, están impregnadas de mística fragan-  
cia y con ellas ha derramado (permítasenos  
la alusión,) sobre la cabeza adorable del Na-  
zareno el bálsamo del amor y del arrepen-  
timiento. Pureza de lenguaje, corrección,  
parcimonia en los adornos del estilo, ob-  
servaciones sorprendentes por lo nuevas,  
frases delicadas y una cierta melancolía  
sobrenatural adornan el opúsculo sobre  
Santa María Magdalena. Esta fué la pos-

~~~~~  
trera obra del célebre dominicano: la unción última, con que se disponía para la sepultura.

Había llegado también entonces á la cumbre de su fama: la Academia francesa le abrió sus puertas, llamándolo á ocupar un sillón entre los próceres de las Letras, y le designaba para suceder al gran publicista Tocqueville; distinción honrosísima, mediante la cual el Padre Lacordaire venía á tener por colegas á Lamartine, Thiers, Coussin y Guizot.—En la persona de tan insigne religioso, la más culta sociedad literaria de Europa honraba la alianza de la fe sincera con las luces del siglo décimo nono.

·V·

Desvanecemos, en cuanto nos sea posible, una sombra, con que se suele oscurecer el buen nombre y la gloria del Padre Lacordaire.

Se le ha acusado de liberalismo, y se ha

~~~~~  
echado así una mancha sobre la limpieza de su fe católica. El Padre Lacordaire ¿fué liberal? El Padre Lacordaire falleció el 21 de Noviembre de 1861, es decir, tres años antes de la condenación que del liberalismo doctrinal hizo Pío Nono. La Encíclica *Mirari vos*, en que Gregorio décimo sexto censuró las teorías político-religiosas de Lamennais, fué obedecida, acatada y cumplida dócilmente por Lacordaire: ¿dónde está, pues, el liberalismo del Padre Lacordaire? En sus escritos, en su correspondencia íntima, en todos los actos de su vida, como hombre público y como religioso, estuvo inquebrantablemente adherido á la Silla Apostólica, y dió pruebas de obediencia heroica al Papa: ¿qué liberal era ese tan sumiso á la Sede Romana?..... Hubo en el Padre Lacordaire una cosa rara, y esa prenda rara, rarísima, fué su gran carácter moral: sencillo con el candor de un niño, pero firme, enérgico y desinteresado. Conocía que en la práctica debía adoptar una regla de conducta, y la adop-

~~~~~  
taba con una resolución invencible; así, jamás quiso mezclar las cuestiones religiosas con las cuestiones puramente políticas relativas á la forma de gobierno y á los derechos de las dinastías caídas ó reinantes. Su política consistía en una noble independendencia; y esa boca tan elocuente nunca se envileció con lisonjas á nadie; ni al hombre afortunado, ni al partido triunfante. Los políticos ¿le habían de perdonar tanta integridad? Nadie amaba más á la Francia que Lacordaire, nadie era más francés que él; pero, asimismo, nadie podía disputarle su filial amor á la Iglesia católica y su incondicionado sometimiento á la Santa Sede. Jamás consintió que los intereses de la Religión se hiciesen solidarios de ningún partido político: toleró, con ilustrada magnanimidad, las opiniones ajenas, y amó de corazón á sus prójimos, perdonando á sus émulos y á sus enemigos.—Los partidos políticos habrían tenido un auxiliar poderoso en Lacordaire, y, no contándolo entre los suyos, lo calumniaron: ahora la conduc-

ta del Papa Leon décimo tercero, con ese mismo clero francés y con esa misma nación francesa, han venido á justificar elocuentemente al austero dominicano. ¿Cómo nó? Si en 1850 lo arrastraron al pretorio: en 1893 se han visto obligados á reconocer y proclamar su virtud! Si el Padre Lacordaire no hubiera tenido tanta energía de voluntad, y, si su conducta pública no hubiera sido tan noble y tan íntegra, no habría podido hacer el gran bien que hizo en el orden religioso: sus mismas faltas, si faltas tuvo, fueron aciertos bajo este respecto. Ese hombre tan elocuente; ese hombre, cuya celebridad no cabía en los ámbitos de la culta Francia; el famoso orador, el escritor de pluma delicada, el admirado, el aclamado, ¿sabéis qué era? ¡Era un gran religioso, un sacerdote humilde, un fraile penitente!! Sí: penitente, mortificado, apasionado por el dolor y el sufrimiento, y fué necesario que la muerte levantara el velo del secreto y pusiera de manifiesto esa vida toda crucificada. El

Padre Lacordaire no había sido conocido!!.....

Su alma, esa alma mística; su corazón, ese corazón recto no eran conocidos. Su correspondencia íntima, sus cartas familiares á los religiosos lo han dado á conocer; y ahora sí podemos decir de dónde sacaba aquella firmeza de roca para su carácter: su alma estaba templada al calor de la mortificación cristiana, y de ahí su rectitud, y de ahí su vigor y de ahí su constancia! Lacordaire conocía no solamente los secretos de la elocuencia, era también maestro en los arcanos de la mística. La colección de sus cartas es una revelación: su correspondencia con los jóvenes debería ser el libro que sirviera de premio en las escuelas y colegios: ¡Jóvenes ecuatorianos! estudiad el francés, para que podáis leer al Padre Lacordaire!.....

El restaurador de la Orden de Santo Domingo en Francia necesitaba de una resolución asombrosa para dar cima á semejante proyecto, en una nación, donde los

~~~~~  
frailes eran mirados con un furor ciego y un odio invencible. No obstante, Lacordaire puso al servicio de esa obra, que parecía temeraria, todo su entusiasmo y toda su constancia, y cubrió la cuna del renacimiento de los dominicanos en Francia con toda la gloria que su elocuencia le había granjeado. La Orden fué restaurada, y Lacordaire, al morir, dejóle como herencia su fama continental y sus consumadas virtudes: aquella la protegerá en lo exterior; éstas le vivificarán en lo interior.

Resumamos nuestro juicio sobre este gran religioso.—La manera de predicar del Padre Lacordaire ¿será conveniente que la imiten los sacerdotes? La respuesta ha sido dada ya por el docto Obispo Dupanloup: la manera de predicar del Padre Lacordaire no conviene que sea imitada, ni puede serlo; pues, para imitar con acierto al Padre Lacordaire sería necesario un talento igual al del Padre, y un auditorio como el que le escuchaba, y hallarse en idénticas circunstancias, cosas todas excepcio-

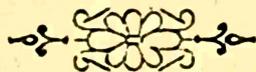
~~~~~

nales. ¿Quién puede imitar aquel género de elocuencia tan original? Bourdaloue predicaba, se ha dicho, [acaso, con más ingenio que exactitud], Massillón era orador, y Bossuet, elocuente: por ventura, en la predicación ¿no hay elocuencia? ¿será lo mismo el arte oratorio que la elocuencia? Hay elocuencia allí donde la palabra humana se impone á la razón, la ilustra, la convence, la domina, y una vez ilustrada, convencida y dominada la razón, se apodera de la voluntad, y la subyuga á su albedrío, haciendo que los oyentes experimenten los mismos afectos que el orador; el fuego, en que arde el alma de éste, prende en las de los oyentes, y las enciende y abrasa. Mientras la palabra se limite á recrear la imaginación con las galas retóricas y deje á oscuras la inteligencia, é indiferente el corazón, no habrá elocuencia en el orador. El Padre Lacordaire ¿sería elocuente? ¿sería elocuente Bossuet? Ambos fueron elocuentes, pero con un género de elocuencia muy distinto: Bossuet sereno, ma-

jestuoso, imponente; Lacordaire, agitado, hermoso, avasallador: el Obispo trae su elocuencia de las elevadas regiones de la revelación, la alimenta con el caudal de la Escritura y de la tradición, y la lleva saturada de sentencias tomadas de los Libros sagrados y de máximas de los Santos Padres: su palabra corre en ancho cauce y se espacia y se dilata casi sin orillas, porque se puede comparar á las aguas del Amazonas, que tienen su origen en las nieves de los Andes y bajan, desprendiendo de los flancos de la cordillera partículas de oro, con las cuales van luego enriqueciendo las arenas de sus márgenes, y crecen en caudal y se dilatan, emulando la grandeza del Atlántico, á quien pagan vasallaje. El dominicano saca su elocuencia de la filosofía, y la nutre con los auxilios que le prestan la Escritura, la Teología y su gran conocimiento del corazón humano: ¿con qué compararemos su palabra, esa palabra, que corre como el Niágara, estrechada á veces, comprimida en honda cuenca, para lue-

go caer, derramarse y tenderse en ancha y estrepitosa catarata, coronada y embellecida con los espléndidos colores del Iris? Aquel es Bossuet; éste es Lacordaire: ambos, predicadores; ambos oradores; ambos elocuentes.

1893.





NOTAS



NOTA PRIMERA

Bibliografía ú Obras del Padre Lacordaire

He aquí la enumeración de las Obras del Padre Lacordaire:

Conferencias predicadas en Nuestra Señora de París.—Setenta y tres conferencias.

Conferencias predicadas en Tolosa.—Solamente seis conferencias.

Panegíricos, de Santo Tomás de Aquino y del Bienaventurado Pedro Fouriere.

Oraciones fúnebres, de O'Connell, del General Drouot, y de Monseñor Forbin Janson.

Artículos literarios sobre Ozanam, sobre el

padre del Conde Montalembert, sobre Madama Switchine, sobre el Padre Ravignan.

Discurso sobre la vocación de la nación francesa.

Discurso sobre la ley de la historia.

Vida de Santo Domingo de Guzmán.

Santa María Magdalena.

Carta sobre la Santa Sede.

Cartas sobre la vida cristiana.

Reflexiones sobre el sistema filosófico de Lamennais.

Memoria sobre el restablecimiento de la Orden de Predicadores en Francia.

Todas estas obras fueron publicadas en vida del mismo Padre: después de su muerte se han dado á luz las siguientes:

Sermones de 1825 á 1856.—Dos volúmenes.

Alocuciones.—Un volumen.

El Testamento ó autobiografía del Padre.

Su correspondencia con Madame Switchine.—
Dos volúmenes.

Con los religiosos: un vol.

Con Madama de La Tour Dupin: un vol.

Con Foisset: dos vol.

Con los jóvenes: un vol.

Con la Señora Baronesa de Prailly: un vol.

Sus cartas inéditas: un vol.

Su correspondencia recogida por Villard: un vol.

Entre los escritos inéditos merece especial recomendación el *Testamento*, porque es uno de los más preciosos escritos del Padre Lacordaire: lo dictó el Padre poco tiempo antes de morir, y es una relación de su vida hecha con sencillez y con elocuencia. Se halla en el primer volumen de las cartas á Foisset.

NOTA SEGUNDA

Los biógrafos del Padre Lacordaire, ó noticias relativas á su vida y á su predicación.

FOISSET.—Vida del R. P. Lacordaire.—Dos volúmenes. Por apéndice tiene la correspondencia con Montalembert acerca de la sumisión á la Encíclica *Mirari vos*: también unas cartas á un seminarista sobre su fidelidad á la vocación al estado sacerdotal.

CHOCARNE.—Vida íntima y religiosa del R. P. Lacordaire.—Dos volúmenes.—Fué traducida al castellano en Santiago de Chile, como folletín del "Estandarte Católico".

Vida del Padre Lacordaire ofrecida á la juventud por un autor anónimo.—Un vol.

LA COINTA.—El Padre Lacordaire en Soréze.—Un volumen.

MONTALEMBERT.—El Padre Lacordaire.—Se ha traducido al castellano.

LORAIN.—Noticia sobre el Padre Lacordaire.

GUILLEMAIN.—El Padre Lacordaire: la audacia y la humildad de su genio.

PERREYVE.—El Padre Lacordaire en el púlpito de Nuestra Señora, ó juicio sobre sus Conferencias.

RICARD.—La escuela lameniana. Volumen tercero: *el Padre Lacordaire*. El volumen nono de la edición de las obras del Padre hecha en París el año de 1877, contiene también un estudio sobre Lacordaire, escrito por un autor anónimo.

NOTA TERCERA

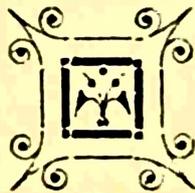
El liberalismo del Padre Lacordaire

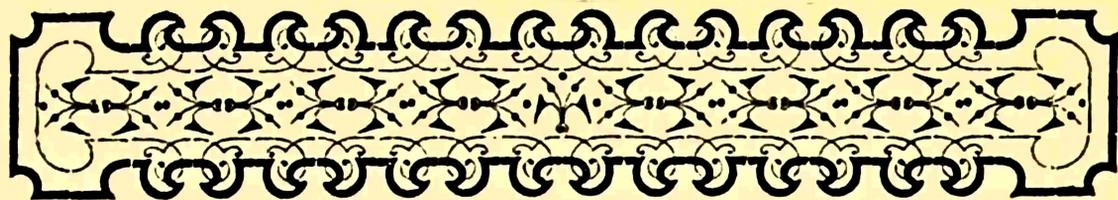
Los jesuitas de Inglaterra han tratado magistralmente este punto, en un artículo publicado en el *The Month*, de Junio de 1870, con motivo de la

“Vida del Padre Lacordaire escrita por Foisset”.
—El artículo de los jesuitas, traducido al francés se puede leer en *Villard*.—*Correspondencia inédita del Padre Lacordaire. Apéndice. Número XXXVI.*—El Padre Lacordaire se ve que no tenía absolutamente nada de Liberal, en el sentido en que el liberalismo ha sido condenado por la Silla Apostólica; lo único que el Padre sostenía era, que en Francia el clero católico no debía hacer la causa de la Iglesia solidaria de los intereses temporales y de los derechos políticos de una dinastía: sin Borbones no hay Religión, he ahí la máxima de un partido, máxima desmentida por la experiencia, y digna de ser reprobada por toda alma recta y sinceramente católica.—La actitud del actual Pontífice León décimo tercero en sus relaciones con el Gobierno de Francia es la mejor justificación del Padre Lacordaire. Pero el documento que más lo justifica es su *Declaración*, firmada para ser puesta en manos de Pío Nono: acusado el Padre por sus enemigos ante la Santa Sede como sostenedor de doctrinas contrarias á la Religión Católica en sus relaciones con la política, recibió por parte del Papa la indicación de que redactara una declaración de sus opiniones políti-

co-religiosas, y Lacordaire la redactó al punto y la envió á Roma y en Roma fué aceptada y aprobada.—El texto de esta declaración se encuentra en Foisset, en la obra ya citada. Este documento fingen no conocer los que todavía calumnian al Padre Lacordaire.

El Padre Lacordaire erraría en algunos asuntos, se equivocaría en otros; pero esos puntos no son los dogmáticos: su ideal político parece irrealizable, es cierto: he ahí todo. Nadie le ha juzgado más imparcialmente que el Padre Fontaine, jesuita, en su excelente libro sobre *El Púlpito y la Apologética* en nuestro siglo.





BALMES

(El presbítero Don Jaime Bálmes)

Una observación.—Mérito literario de las Obras de Bálmes.—Sus escritos filosóficos.—El Criterio.—Bálmes apologista del Catolicismo.—Su opúsculo sobre Pío Nono.—Resumen.

I

En este tiempo, en que tanto se habla, tanto se publica por la imprenta y tan de prisa se vive, la fama de los grandes escritores suele pasar pronto del aplauso entusiasta al olvido: se citan nombres glorio-

~~~~~

sos, cuyo predominio en el mundo de las letras y de las ciencias ha sido algo más duradero, es verdad; pero también sobre esos nombres no ha tardado la versatili-  
dad moderna en ir amontonando, sin tregua, el polvo de su mal disimulada indiferencia.—Uno de esos nombres famosos es el del célebre escritor español Don Jaime Bálmes, filósofo insigne, polemista diestro y apologista elocuente del Catolicismo en nuestro siglo. Bálmes fué también político sagaz y desinteresado, y periodista infatigable; sin embargo, su influencia como escritor católico, aquí, en América, es lo único que llama ahora nuestra atención.

Eramos todavía niños, cuando llegó á nuestras manos un opúsculo de Bálmes, titulado *La Religión demostrada al alcance de los niños*: ¡qué impresión la que ese opúsculo causó en nuestra alma, todavía tierna y fresca! Desde entonces nos fué muy simpático el nombre del presbítero Don Jaime Bálmes!

Hemos leído todas las obras de este sa-

~~~~~  
bio y vamos á exponer nuestro juicio acerca de ellas: lo haremos sencillamente y en pocas palabras, sin pretensiones de ninguna clase.

No debe llamar, por ahora, nuestra atención ni la actitud de Balmes en la política de España, ni la influencia que ejerció en ella: bastará recordar al periodista político, y mencionar *El Pensamiento de la Nación* y *La Sociedad*, esas dos notables publicaciones, debidas casi exclusivamente á su activa, fácil y fecunda pluma. En Bálmes el sacerdote católico era tan grande, como el patriota español; y el clérigo, tan insigne como el ciudadano. Jamás se dejó Bálmes engangrenar por el egoísmo, que es la fiebre endémica de los terrenos políticos: recto, desinteresado, habría sacrificado gustoso su vida por el bien de su patria. Vivió para la ciencia, y la ciencia lo devoró en la flor de la juventud: nació el año de 1810, y murió el año de 1848. Treinta años de edad sobraron para su gloria: su infancia no debe ser computada

~~~~~  
en las asombrosas labores literarias que llevó á cabo.

Hablemos de sus principales obras.

Con Bálmes aconteció lo que con Lamennais: el sacerdote francés y el presbítero español eran admirables con la pluma en la mano; pero naturaleza les había negado el don de la palabra, y no podían hablar en público con desembarazo, y se cortaban y huía de su boca la elocuencia. —Fueron grandes escritores, pero no eran oradores.

¿Cuál es el mérito de los escritos de Bálmes? ¿Qué dotes resplandecen más en ellos?—Los escritos de Bálmes se distinguen por la claridad, dote característica de los grandes ingenios y de los autores eminentes: no hay oscuridad alguna en las obras de Bálmes, y en ellas todo, hasta los abismos intelectuales de la Filosofía, están alumbrados por la lucidez de la exposición. —Otra de las cualidades de los escritos de Bálmes es la hermosura de su estilo, en el cual los adornos retóricos, con que ha en-

galanado la expresión del pensamiento, se hallan ceñidos á las prescripciones inviolables de lo que en literatura se suele apellidar buen gusto. Bálmès poseía una imaginación viva, con la que fácilmente podía revestir de formas corpóreas ó de imágenes hasta á las más abstractas concepciones de la Metafísica; así es que, por la exuberancia de los adornos de la expresión, pecan contra la naturalidad algunos de sus primeros artículos dados á luz en *La Sociedad*. Más tarde, su gusto quedó depurado, y su ingenio adquirió aquella madurez y serenidad, que tanto realzan las obras de este sabio.

Alguien ha tachado á Bálmès de verboso, y, por consiguiente, no sólo de amplificador, sino hasta de declamador en sus escritos: esta censura no nos parece muy fundada, por autorizado que sea el que la hizo. Tal vez, en las primeras obras de Bálmès, en sus artículos escritos para la prensa periódica, habrá motivo justo para la censura; pero en sus libros, en las obras

serias, que son el fundamento para la fama inmortal de Bálmes, hay elocuencia, mas no verbosidad: los pensamientos están expresados con admirable claridad, sin repeticiones inútiles ni conceptos superfluos: á veces amplifica, desentrañando consecuencias legítimas de premisas lógicas bien establecidas, y se complace en apurar hasta lo último un absurdo ó un error, por medio de interrogaciones diestramente graduadas y formuladas. Esta habilidad literaria será riqueza de ingenio, pero no abundancia inútil.

Por lo regular, los talentos hábiles para las ciencias exactas no tienen aptitud para la elocuencia: sus escritos son áridos y carecen de toda belleza literaria. Bálmes fué matemático eminente, y, sin embargo sabía escribir con galana frase y estilo bellísimo.—Su lenguaje es correcto y vivo, con todos los arreos gramaticales, que tan primorosamente cuadran á la lengua castellana, suelta, libre y abundante: aunque los períodos son largos y las cláusulas ex-

tensas, jamás hay en ellas ambigüedad ni confusión. Su lenguaje es tan claro, como su pensamiento: aquél es como un espejo terso, en que se reproduce fielmente la imagen de éste. Por eso los escritos de Bálmes se leen con agrado, no cansan ni fatigan, y enseñan la verdad é ilustran la mente al mismo tiempo que deleitan el ánimo y lo embelesan. Cuando uno acaba de leer una obra de Bálmes, queda con deseo de continuar la lectura, se tiene por discípulo del autor, siente respeto hacia él, admira su sabiduría y lo ama.

## II

Tres son las obras filosóficas de Bálmes: *La Filosofía elemental*, la *Filosofía fundamental* y *El Criterio*. Todas tres claras y hermosamente escritas: nada oscuro, nada confuso, nada embrollado; sin aridez, y con elocuencia.

En la Filosofía racional ó especulativa hay verdades indiscutibles, que son el fundamento de la ciencia, y hay puntos, acer-



ca de los cuales la razón no puede asegurar nada cierto: son cosas desconocidas, verdaderos arcanos para la inteligencia humana. Hay también principios ciertos, que son consecuencias deducidas de las verdades fundamentales. Una obra de filosofía elemental no debe tratar sino de lo evidente y de lo cierto; y, en cuanto á lo opinable, ha de exponer los fundamentos en que se apoyan las opiniones sanas, generalmente aceptadas y sostenidas por los doctos: respecto de los errores, conviene que los enumere, y que explique las razones, con que suelen ser refutados y desvanecidos. Las especulaciones demasiado sutiles, las disputas de meras palabras, las cuestiones ociosas están por demás en obras elementales, las vician y hacen inútiles. Como los tratados elementales se destinan á la enseñanza de los jóvenes, no deben contener cosa ninguna superflua, y en tanto serán buenos en cuanto hagan conocer la verdad y desechar el error, dando luz para discernir lo cierto de lo dudo-

so, lo verdadero de lo falso. ¿Qué juicio deberemos formar de esas obras elementales, en que cansada la inteligencia de los alumnos, fatigada y debilitada con el trabajo, al fin, no consigue poseer conocimiento exacto de ninguna verdad, en ningún ramo de la filosofía racional?

Hé aquí el mérito de la Filosofía elemental de Bálmès: los jóvenes sacarán, indudablemente, de la lectura atenta de esta obra mayor provecho, que del estudio continuado de otras. El lenguaje correcto, galano y, sobre todo, claro: la exposición metódica y sencilla, y el estilo ameno y elocuente hacen no sólo fácil, sino agradable la lectura de esta obra. ¿Qué joven no siente horror á los libros de Metafísica y de Lógica, cuando ha concluido el curso escolar de esas dos ciencias? Con ciertos tratados elementales de Filosofía racional le acontece á la juventud una cosa singular, y es que, después de haberlos estudiado, se siente con la inteligencia cansada y débil: ha estado como quien permaneciera

largo tiempo leyendo con luz escasa, en un aposento oscuro. El libro de Bálmès se lee con agrado, y su lectura se repite sin desabrimiento.

Carece esa obra de toda pretensión magistral; y, como uno de sus méritos, debe reconocerse la sencillez de la exposición. La *Lógica* no es completa, pues le faltan cuestiones de importancia relativas á los criterios: la *Metafísica* contiene en resumen todo cuanto esa ciencia elevadísima abraza digno de ser enseñado á los jóvenes, para mantenerlos en los caminos de la verdad: la *Ética* es sana, y con sustanciosa doctrina, en cortos pero elocuentes capítulos: la *Historia de la Filosofía* es una ojeada rápida sobre los filósofos de todos los tiempos, hecha con destreza y amenidad.

En la *Filosofía fundamental* trata Bálmès las cuestiones más abstractas y profundas de la *Metafísica*, principalmente de la *Ontología* y de la *Ideología*: las cuestiones relativas á la sustancia, á la esencia,

á la causalidad, al tiempo y al espacio, he ahí el objeto de este libro, verdaderamente sabio.—Dos cosas hace Bálmès: refuta los errores de los filósofos modernos, y establece su opinión propia. En la exposición de los sistemas de los filósofos alemanes modernos, Bálmès no puede ser más diestro ni más admirable: las brumas de la filosofía germánica se deshacen, se disipan, se desvanecen, dejando ver claro el absurdo, cuando el joven pensador español lanza sobre ellas los rayos esplendorosos de su talento gigantesco; pero en sus opiniones personales algún tanto flaquea, y le sucede lo que á los herejes griegos que, por refutar un error, sostenían el contrario. Bálmès no ha caído en ningún error; sin embargo, sus opiniones dan asidero para refutaciones muy fundadas.

La *Filosofía fundamental* de Bálmès es una obra que honra mucho á la ciencia española; ¡qué claridad! ¡qué lucidez! ¡cuánta no sólo gallardía, sino elocuencia en la exposición! La *Metafísica* en manos de

---

Bálmes es como el prisma de cristal en manos de Newton; descompone la luz y la dispersa, hermoseándola con los cambiantes tornasolados del Iris.

Creemos que, si Bálmes hubiera vivido algunos años más, habría rehecho su obra, mudando de opinión en ciertos puntos; pero ¡que! ese libro es obra de un joven, que estaba apenas en los treinta años de edad: esa llama luminosa fué apagada por el soplo de la muerte, cuando no había llegado todavía á su mayor intensidad: ¿cuánta no habría sido después su claridad? ¿Cuán poderosa la fuerza de su saber y de su ciencia?

Digamos ahora dos palabras siquiera sobre *El Criterio*.—Este es un libro corto, de pequeño volumen; pero, como las piedras preciosas, que, con ser diminutas, valen muchísimo y son raras y muy estimadas: si alguna vez queda bien una admiración es ahora, tratando de esta obra de Bálmes: ¡qué libro tan precioso! libro de oro, verdaderamente! ¡Diamante de la

India en la corona del filósofo español del siglo décimo nono! . . . . . ¿Qué más? Nosotros le calificaríamos de amuleto moral, con el cual sería punto menos que imposible el error en la vida cotidiana.

Doctrina pura, expuesta con arte magistral; claridad admirable, sencillez encantadora y elocuencia, que no deja campo á dudas ni vacilaciones, son prendas literarias, que hacen de *El Criterio* un libro útil al individuo y provechoso á la sociedad: Bálmes toma de la mano al lector, y, departiendo con él en amistosa plática, le lleva por el camino que conduce indefectiblemente á la verdad, mostrándole poco á poco los tropiezos que debe evitar y los puntos, por donde podrían despeñarlo las pasiones con grave daño para la inteligencia.—*El Criterio* es un libro de filosofía práctica, cuya lectura conviene repetir varias veces en la vida; los jóvenes deberían codiciarlo, como premio de sus trabajos escolares en los establecimientos de instrucción pública.

Todos los hombres adolecemos de un

---

defecto trascendental; ¿cuál es ese defecto? Ese defecto es el de no acabar nunca de ser niños. Consiste esto, en que casi no hay nadie que se aleccione en el arte de pensar; y así, aun cuando los años hayan puesto en nuestra cabeza, con las canas, la corona de la ancianidad, con todo, no acabamos de ser niños: nuestro modo de pensar es frívolo, ligero y no ha madurado con la edad. El arte de educar, pues, el pensamiento no puede menos de ser el arte de la sabiduría práctica.

Bálmès es en filosofía la personificación de la armonía que reina entre la revelación cristiana y la razón, y el testimonio de la alianza fraternal entre la fe católica y la ciencia; en los escritos filosóficos de Bálmès no hay absurdos, no hay errores: esa mente vivía en las regiones de la luz; y en el cielo, siempre sereno, de su alma no hubo jamás nubes ni tempestades. De este modo, sus obras filosóficas pudieran considerarse como apologías de la religión, aunque no hubiese publicado sus *Cartas á un*

---

*cscéptico* ni su *Protestantismo comparado con el Catolicismo*: empero otra de sus glorias consiste en haber sido el defensor de la verdad contra los ataques, que, en nombre de la erudición histórica, se dirigieron al Catolicismo por una de las plumas disidentes más autorizadas de nuestro siglo.

## III

*El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, es una obra, en la cual la erudición se da la mano con la ciencia, y ambas ponen el nombre de Bálmes al lado del de Bossuet, en la historia de la controversia católica con los disidentes.—La compuso Bálmes con el propósito de refutar los errores que contra la Iglesia católica había difundido Guizot, en sus aclamadas lecciones sobre la “Historia de la civilización europea”.—Según nuestro juicio, la obra, con ser monumental, no es más que el diseño de una obra mayor: diseño aca-

bado, eso sí, en todas sus partes y completo. Para las grandes catedrales góticas se solía construir primero un modelo pequeño en madera, según el cual, después, se levantaba el templo, dándole dimensiones gigantescas; así, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo* es un bosquejo perfecto, trazado sobre planchas de oro bruñido, para componer una obra grandiosa, cuyo plan existía en la mente del autor.

La Iglesia católica ha quedado victoriosa con la obra de Bálmes, que pulverizó todas las acusaciones, que contra sus dogmas, su moral, su régimen externo y sus instituciones se le dirigían en nombre de la civilización de las naciones europeas. La cuestión era muy compleja.—El Catolicismo era más antiguo que el Protestantismo, porque había existido quince siglos antes: ¿cuál era, pues, el origen de la Reforma protestante? Si ella se separó del gremio de la Iglesia católica romana, ¿cuáles fueron las causas de esa separación? ¿Cómo se verificó? ¿Cuándo?—Todos es-

---

tos puntos relativos al origen del protestantismo, los trata Bálmes de un modo magistral, y demuestra hasta la evidencia que las causas que dieron nacimiento al Protestantismo fueron muchas, unas religiosas, otras sociales; varias, literarias, y no pocas políticas.

Estudiado el origen, era indispensable dar á conocer cual era el estado en que se encontraban las naciones europeas cuando apareció el Protestantismo: Bálmes traza ese gran cuadro, y luego pregunta ¿cuáles habrían sido los resultados sociales de aquel estado de cosas, si las naciones europeas no hubieran roto la unidad católica?..... Sigue luego el estudio comparativo, entre las enseñanzas y las instituciones, entre los resultados prácticos de las enseñanzas y de las instituciones y termina con una demostración elocuente de lo mucho que al Catolicismo debe la civilización europea.— Si las naciones disidentes no han retrocedido á la barbarie, es porque conservan todavía la savia vivificante de la civilización

católica, en los restos de Cristianismo, que, á pesar de la pretendida Reforma, han retenido en sus leyes y costumbres.

La teoría sobre el libre albedrío, las cuestiones sobre el origen de la autoridad, sobre la naturaleza y límites del poder civil, sobre las tres principales formas de gobierno, sobre las relaciones entre las dos autoridades y sobre la sustancia de los votos religiosos, son el objeto del paralelo entre el Protestantismo y el Catolicismo. Riqueza de erudición, abundancia de doctrina, conocimiento profundo del asunto y exposición elocuente, en lenguaje natural y correcto son los primores de esta obra de Bálmes: por ellos ha ejercido una influencia saludable sobre los espíritus, y ha eclipsado á las que, en este mismo siglo, han sido publicadas con un objeto análogo. — *Roma y Londres* de Margoti; *El Protestantismo y la regla de fe*, del Padre Peronne; *Del Protestantismo y de las demás herejías* por Augusto Nicolás; *El Catolicismo en presencia de los disidentes*, de Eyz-

~~~~~  
guirre y la docta *Simbólica* de Mæller no han tenido la misma celebridad, ni ejercido la misma influencia social que la obra de Bálmes. Casi todas las obras citadas vieron la luz pública al mismo tiempo que la de Bálmes, pero ninguna ocupa un puesto tan eminente como la de este sabio en la historia de la polémica religiosa y de la Apologética católica. Guizot era docto, sesudo, mesurado y sus aseveraciones no podían menos de ser influyentes, tanto más, cuanto sus convicciones calvinistas eran sinceras. Guizot no era un sectario fanático, sino un sabio, pero, por desgracia, extraviado: su ciencia era sólida; su posición social, muy elevada y su autoridad en puntos históricos muy respetada. Desde lo alto de su cátedra de Historia en la Sorbona, había residenciado al Catolicismo, en nombre de la civilización europea, y era necesario que un sabio de igual talla le saliera al frente, y le contradijera: ese sabio fué Bálmes. Guizot, después, habló de Bálmes con respeto y consideración.

Las *Cartas á un escéptico en materia de Religión* son una demostración sucinta de la verdad de los dogmas cristianos, hecha de un modo ameno y hasta cierto punto dramático: es una lucha, en la cual el error combate, cediendo terreno á la verdad y rehusando hasta el fin presentarse cuerpo á cuerpo en la lid. Ofrece solamente negaciones y de ellas deduce Bálmes una demostración concluyente. ¡Qué páginas tan bien escritas! La elocuencia embelesa y cautiva en todo el libro.

La Religión demostrada al alcance de los niños es un opusculillo, al cual pudiera aplicarse la parábola del Evangelio acerca del grano de mostaza: pequeñísimo, diminuto, mínimo, pero que contiene en sí todo un árbol elevado y frondoso; así, el cuadernito de Bálmes encierra el germen de una apología científica de la Religión. Pocas páginas, escritas con sencillez, razonamientos claros, rasgos de una energía oculta, he ahí el opúsculo de Bálmes.

Las observaciones sobre los bienes del cle-

ro y el folleto sobre el Papa Pío Nono completan los escritos de Bálmes, acerca de los cuales nos hemos propuesto emitir nuestro dictamen. *Las observaciones* fueron el primer trabajo con que Bálmes se dió á conocer en España: era el año de 1833, cuando en la Península se agitaba el público con la cuestión de la extinción de las comunidades religiosas y la confiscación de los bienes eclesiásticos; entonces Bálmes, muy joven todavía, defendió la propiedad de los bienes del clero, colocándose en un punto de vista muy atinado. Ya desde entonces manifestó su gran talento y sus eximias dotes de filósofo, de publicista y de escritor: su primer opúsculo fué un acontecimiento.

Un acontecimiento fué también su último folleto, su *Pío Nono*. Breves páginas, pero todas de oro, de oro aquilataado, digno término de una carrera extraordinaria por el mundo de las ciencias y de las letras.—El Papa Pío Nono había comenzado á hacer en sus estados, como rey

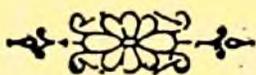
temporal de ellos, algunas reformas políticas trascendentales: la conducta política del Pontífice llenó de entusiasmo á muchos y causó alarmas en los gabinetes europeos: la prensa levantó su vocerío, ya para aplaudir, ya para censurar. Bálmes tomó parte en la polémica, y no sólo defendió al Papa, sino que elogió, sin reticencias ni salvedades, su nuevo sistema de gobierno, como príncipe temporal.

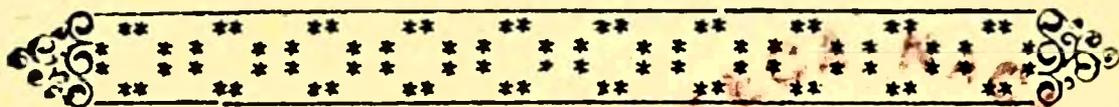
El opúsculo de Bálmes escandalizó en España á todos los que no alcanzaban á reconocer en la marcha de los tiempos la necesidad de reformas en la administración política y en el gobierno de los pueblos.— Entonces en la Península había más pasiones encolerizadas, que ilustración; más apego á lo antiguo, que conocimiento de lo presente, y mucha confusión entre lo puramente político y lo religioso: ¿no había de escandalizar un opúsculo que batía en brecha y derribaba por tierra las preocupaciones políticas? El tiempo ha comentado con argumentos invencibles el

folleto de Bálmes: el autor fué atacado violentamente y aún calificado de apóstata; y se asegura que la tristeza, que le causaron estos ataques y calumnias, le precipitó al sepulcro. Mas ¿cuándo la doctrina católica ha condenado como mala alguna forma de gobierno? ¿Cuándo ha canonizado alguna, declarándola por la única buena, la única lícita, la única moral? La mudanza de los tiempos, impone cambios en las leyes y en las costumbres: la moral es la única inmutable. Mientras el Evangelio sea la piedra angular del edificio social, no hay por qué temer.

Bálmes es una gloria para la Iglesia Católica, una honra para España, y un timbre para las letras castellanas, justamente enorgullecidas con los escritos del que fué gran apologista, filósofo insigne y doctor elocuente; sacerdote ejemplar, ante todo, y ciudadano benemérito.

1872.





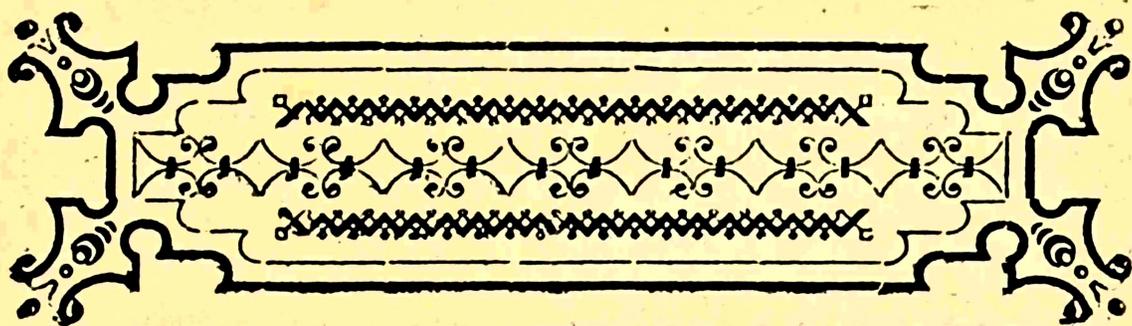
QUITO-EQUADOR

NOTA

—

Muchas son las biografías que de Bálmes se han publicado: nosotros citaremos sólo dos.—La de Córdova titulada *Noticia histórico-literaria del Dr. D. Jaime Bálmes*, y la de Blanche-Raffin, cuyo título es *Vida y juicio crítico de los escritos de Don Jaime Bálmes*: la primera fué obra de un amigo y confidente de Bálmes; la segunda se debió á un literato francés, admirador del filósofo y publicista español. La obra de Blanche se tradujo al castellano é imprimió en Madrid, en 1850.—Bálmes merece un juicio crítico más detenido.





EL PADRE FABER

(El Padre Federico Guillermo Faber)

Utilidad de las obras ascéticas en general.—Recomendación especial de las del Padre Faber.—Juicio acerca de estas obras.—Diferencia entre la Apologética y la Mística.—Carácter literario de las obras del Padre Faber.

I

El Padre Faber, escritor ascético inglés de nuestros tiempos, merece ser conocido,

~~~~~  
á fin de que sus obras se difundan, y, con la lectura de ellas, crezca en los católicos el amor á la Religión, el conocimiento de sus admirables misterios y la magnanimidad para practicar lo bueno. Decimos que debe crecer la magnanimidad para la práctica del bien, pero es necesario corregir esta frase: la magnanimidad es virtud rara, y, por lo común, los católicos somos cobardes para el ejercicio de la virtud: lo que nos tiene vencidos, caídos y hundidos en el pecado, ó cuando menos en la tibieza y languidez espiritual, no es ni la falta de conocimiento de nuestros deberes, ni la carencia de luz; es la pusilanimidad para el bien! El conocimiento es completo; la luz, abundante, estamos viendo lo bueno; lo vemos con claridad, lo amamos y, á pesar del conocimiento, de la luz y del amor, no lo practicamos: ¿por qué? Porque somos pusilánimes para el vencimiento de nosotros mismos, y tímidos para el sacrificio: el sacrificio nos espanta, el sacrificio nos asusta, el sacrificio nos aterra: quisiéramos ser

virtuosos; pero, al levantar el brazo para hacer el bien, se nos agotan las fuerzas y nuestra mano cae desfallecida. ¿Cómo robusteceremos la voluntad? ¿Cómo vigorizaremos el ánimo?—La voluntad no se mueve nunca por sí misma, y siempre ha menester de las luces de la inteligencia: el secreto para comunicar fortaleza á la voluntad es, pues, nutrir la inteligencia con ideas nobles, con ideas elevadas, con ideas grandes; con verdades sublimes relativas á la Religión, á sus misterios, al destino sobrenatural del hombre y á los atributos divinos. Cuanto más conoce la inteligencia, tanto más influye en la voluntad; y, por esto, nada es tan saludable al ánimo como las buenas lecturas.—Las obras ascéticas del Padre Faber no pueden menos de producir un efecto muy provechoso en el alma del que las lea con atención y cuidado. ¿Qué obras son esas? ¿Qué de nuevo enseñan?

Nuestro Señor Jesucristo, hablando de lo que habían de ser en su Iglesia los maes-

~~~~~

tros, de que su misma adorable Majestad había de proveerla en la serie de los tiempos, decía: "Todo maestro docto en el Reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo antiguo". El Padre Faber es ese doctor, que del tesoro de la Iglesia católica ha extraído cosas antiguas y cosas nuevas: tesoro de la santa Iglesia son las ciencias sagradas, de las cuales el piadoso oratoriano inglés ha sacado una enseñanza ascética, tan antigua como la misma Iglesia; pero bajo una forma enteramente nueva, tan galana y hermosa, que se halla revestida con todos los caracteres de la originalidad. ¿Qué es el Padre Faber? ¿Será un docto apologista de la doctrina católica? ¿Será un simple moralista? ¿Será un escritor ascético y nada más?—El Padre Faber no es un apologista; su fin no es demostrar ni defender: tampoco es mero escritor de moral y de ascética. Es un teólogo profundo que trata de los misterios de la Religión y de los secretos de

~~~~~  
la vida espiritual, con todo el entusiasmo de un poeta. Su manera de escribir no es común: no hay en sus páginas ni la ingrata aridez del escolasticismo, ni la severidad adusta del jansenismo, ni la laxitud empalagosa de los ascéticos, que escriben sin caridad y sin unción. Los libros del Padre Faber son amenos, y su lectura deleita y embelesa santamente: habla de Dios y de los misterios cristianos, (si se nos permite la comparación), como hablaría un bienaventurado, si volviera de nuevo á la vida de fe y de esperanza, después de haber gozado en la eternidad de la visión clara de la Esencia Divina. Ese amor, esa devoción, ese júbilo apasible, esa frase palpitante de entusiasmo místico no hay otro modo de explicarla ni de darla á conocer! . . . . .

El Padre Federico Guillermo Faber fué primero protestante, nació en el seno de la reforma anglicana y se educó, amamantado con el odio tradicional de las sectas disidentes á la Iglesia católica romana: de-

~~~~~  
dicóse al estudio de la Teología, graduóse de Doctor en ella y fué profesor en la célebre Universidad de Oxford.— Federico Guillermo había nacido poeta: su ingenio era vivo, su talento claro, y su alma delicada parecía haber sido tocada, al venir al mundo, por las manos de los ángeles, quienes la dejaron como ungida con una fragancia del todo celestial, para que, viviendo y creciendo en medio del cisma y de la herejía, no padeciera quebranto alguno sobrenatural.

La lectura de los Santos Padres influyó de tal manera en el ánimo del joven teólogo anglicano, que Faber era católico en lo íntimo de su conciencia, casi sin que él mismo cayera en la cuenta de la transformación religiosa que en su alma se había verificado. Más tarde, su regeneración sobrenatural quedó completa: Federico Guillermo Faber era no solamente católico, sino sacerdote, y aún religioso: ordenado de presbítero se acogió á la soledad del Oratorio de San Felipe Neri, que otro pu-

seista convertido, el docto Newmann, había fundado en Londres. Allí, en el silencio del claustro; en el retiro voluntario, santificado por la oración; allí, al pie del altar donde se conservaba depositado el adorable Sacramento de la Eucaristía, allí fué donde el asceta inglés, después de saborear los goces del cielo, escribió sus libros, deseando que sus lectores participaran de la suavidad del Señor. Gustad y ved cuán suave es el Señor, podía decir el Padre Faber á sus compatriotas, al publicar cada una de sus obras.

Milton, cuando sus ojos estuvieron apagados á la luz del mundo material, se consoló de su ceguera, cantando las bellezas del *Paraíso perdido*, cuyas delicias imaginaba allá dentro de su alma: Byron, como Caín, nacido á las puertas del Edén, tenía su alma llena de desabrimiento, y vagaba buscando en todas partes algo que le sanara de la tristeza secreta que lo consumía interiormente. Faber dió con la puerta del Paraíso; sus ojos se abrieron á la luz

de la fe, y la claridad del Edén iluminó el fondo de su alma, y con la claridad de aquella iluminación divina se acabó el andar extraviado: el corazón encontró el secreto del reposo, y el poeta puso en su lira de oro la cuerda mística que le faltaba, y que solamente en la fe católica podía encontrar. El Padre Faber es el poeta de la Teología, el cantor fervoroso de los misterios cristianos, y el artista delicado de un nuevo estilo ascético.

II

Hagamos una ligera enumeración de sus obras. CONFERENCIAS ESPIRITUALES.—EL PROGRESO DE LA ALMA EN LA VIDA ESPIRITUAL: estas dos son de ascética cristiana, y el objeto de ellas es eminentemente práctico. En estas obras, la pluma del Padre Faber está tajada á lo Santa Teresa; conoce el corazón humano y lo ha examinado hasta en lo más íntimo de sus pliegues recónditos: sabe sus resabios, comprende

~~~~~  
sus dolencias, desenreda sus ardidés y, con mano santamente cruel, restriega las llagas del amor propio, y les aplica el cauterio santificador de un rigorismo prudente: ni laxo ni apretado; su sistema es el sistema de los santos.—¿Podrá alguien variar el camino del cielo? ¿Será dado á los maestros de espíritu hacer ancho ese camino, del cual el Maestro Divino ha dicho que es estrecho? ¿Será posible darle más amplitud de la que le ha dado la Bondad Divina? . . . . . La doctrina ascética del Padre Faber parece rigurosa á los que pretenden santificarse, sin las espinas y la cruz de Jesucristo.

LA PRECIOSA SANGRE es un libro en el cual se exponen las maravillas de la redención, considerando el precio infinito de ella, que fué la sangre de Jesucristo, desde un punto de vista teológico, que pudiéramos llamar el punto de vista del Eterno Padre. ¿Queréis conocer el precio, con que habéis sido redimidos? ¿Lo deseáis sinceramente? Pues, poneos en el punto de vista, en

que es indispensable que os coloquéis, para contemplar la sangre de Jesucristo, y conocer el precio de ella!

Hay muy distintos puntos de vista, para considerar la sangre de Jesucristo: os exhorto á que os situéis en el mejor.—Judas tuvo su punto de vista: el punto de vista de Judas es el punto de vista de los sacrílegos!..... Pilatos tuvo otro punto de vista; el punto de vista de Pilatos es el punto de vista de la política, y en él se colocan las gentes del mundo. Caifás y los fariseos tuvieron otro punto de vista, y ese es el de los ambiciosos, el de los soberbios y el de los hipócritas: la plebe de Jerusalén tuvo también su punto de vista, y fué el de los que, en las cosas de la eternidad, no ponen cuidado alguno. La sangre del Mesías caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos, gritaron, sin reflexionar lo que hacían. Y ¿qué era lo que hacían? Precisamente, pedir la muerte de ese mismo Mesías, á quien estaban esperando!!.....:

El Eterno Padre tuvo su punto de vista:

la sangre de Jesucristo era para el Altísimo de un precio infinito, y valía lo mismo que Dios. Esa sangre es preciosa por excelencia: ¿con qué precio? ¿Con el precio en que la apreció Judas, el traidor? . . . .  
¡Ah! No: mil veces no! Pongámonos siempre en el punto de vista del Eterno Padre, para que conozcamos con qué precio hemos sido redimidos. El día de la muerte de Jesucristo su sangre adorable era mirada con asco por sus verdugos. . . .  
¡Cuántos ahora la miran así! . . . . Era también pisoteada en las calles de Jerusalén y en el camino del Calvario. . . . .  
¡Qué de cristianos la pisotean ahora todavía! . . . . . ¿No será saludable el libro, que inspira al alma tan serias reflexiones? Esta obra del Padre Faber es una como divina epopeya del misterio de la redención: ahí se ve la acción de la Preciosa Sangre, en el tiempo y en la eternidad; en la tierra y en el cielo; en los abismos y en el Em-píreo; ahí se conoce cuán admirable es el precio de la redención.

~~~~~

Análoga á la obra sobre la Preciosa Sangre es el Tratado sobre los Dolores de la Virgen, intitulado AL PIE DE LA CRUZ.— Es la explicación del Misterio de la Divina Maternidad y, principalmente, del cargo de Co-redentora del linaje humano, desempeñado por la Virgen-Madre. Siendo dolorosa la redención, una espada de dolor debía traspasar también el alma de la Madre inmaculada de la Víctima Divina.

No son piadosas y fútiles reflexiones, sino argumentos sólidos de la más profunda Teología los que emplea el autor para desenvolver su pensamiento. La devoción reclama ternura; pues, en este libro hay ternura: la devoción requiere conocimiento de las cosas santas; pues, en este libro las enseñanzas de la Teología se ofrecen con los arreos de la sencillez y de la belleza literaria. El Padre Faber habla como un gran literato, y sus páginas de una hermosura literaria consumada son, al mismo tiempo, una exposición docta de la más alta Teología acerca de la Santísima Virgen.

El sudario nuevo, con su cándida limpieza, y las cien libras de aromas preciosos, puestos á los pies de la cruz, como un obsequio á la Madre Dolorosa, para honrar la sepultura de su Hijo Divino, ved ahí lo que es esta obra del Padre Faber: obra de ciencia y de arte; obra rica en doctrina, obra primorosa.

¿Qué diremos del Libro, cuyo título es **BELÉN?** Esta no es obra solamente de teología y de piedad, esta no es obra solamente hermosa y docta: ¿qué es? Es un poema divino, es una égloga mística, es un idilio angelical: es un eco de los cánticos de los Angeles en la noche del nacimiento. Leed esos capítulos sobre la *Vida del Verbo humanado en el seno de María;* sobre *La gruta de la media noche,* sobre *Los primeros adoradores,* y decid si allí no hay poesía!! Esa poesía, que descubre y vela inefable hermosura de Dios, en la mayor de las obras de Dios!!

Así mismo, docto y bello y abundante en poesía mística es el gran libro sobre *El*

Santísimo Sacramento.—Sobre ese misterio tan admirable, sobre esa cifra de las maravillas del Omnipotente, era necesario escribir así, ahora, en este siglo, cuando el ruido del mundo nos tiene tan aturridos; así debía escribirse, con ese primor, con esa galanura, con ese estilo, aprendido no en Retórica, sino al pie de los altares; así debía escribirse, para que los hombres se acordaran de Jesucristo Sacramentado: así convenía hablar á los hombres, de la olvidada Eucaristía!!! ¿Queréis abismaros en hondas reflexiones? ¿Deseáis pensar algo sobre la Eucaristía? Tomad este libro del Padre Faber, abridlo y leedlo; pero, despacio, cayendo bien en la cuenta de lo que vayáis leyendo!

¿Buscáis hermosura literaria? Pues, este libro es más hermoso que las flores del campo, con que se adornan los altares: puestas junto á la urna del Sacramento, las flores son muy más hermosas, que lo eran, cuando gallardas y lozanas las mecía el viento sobre sus tallos delicados. ¿Gustáis

de la suavidad y de la elegancia en el decir? Pues, en este libro la encontraréis: es tan elegante su estilo, y agrada tanto, como la fragancia de los zahumerios, que se queman delante del tabernáculo en los grandes días de las fiestas cristianas. ¿Quisierais encontrar algo que os entristeciera santamente, para despreciar las cosas de la tierra, y no anhelar sino por las del cielo? Pues, en este libro encontraréis páginas que os conmoverán hondamente: el rayo de luz que, en las postreras horas de la tarde, entra por las ventanas del templo, y baña en una claridad apasible el sagrario, donde está el Sacramento, no es tan melancólico ni tan bello como este libro.

Si se nos preguntara cuál es la diferencia que hay entre la ciencia de la apologética y la Teología mística, responderíamos que, según nuestro juicio, esas dos grandes ciencias son hermanas y ambas sirven á la Religión; pero cada una á su modo. La Apologética es Marta, toda actividad,

toda diligencia en obsequiar á Jesucristo: la Ascética y, sobre todo, la Mística es María, la amante, la contemplativa: mientras su hermana trabaja afuera, ella se está á los pies del Maestro divino, escuchando sus lecciones, en silencio. La Apologética se fatiga, no descansa: la Mística se deja estar tranquila, gozando de la presencia del Señor, á quien ama: la una se ocupa en servirle, combatiendo con sus enemigos: la otra se consagra toda á la consideración de sus divinos misterios. Un ingenio muy docto puede ser eminente en la apologética: para ser maestro en la Ascética, es indispensable haber purificado bien el alma con la penitencia y haberse ejercitado en la práctica de las virtudes. Para la Apologética basta con la ciencia y con la erudición: la Ascética es imposible, sin la caridad. Un libro como el **TODO POR JESÚS** es la explicación de la ciencia del Padre Faber: el título mismo de este precioso libro es una prueba del espíritu del escritor. ¡Todo por Jesús!.....

Título escogido, que es una exclamación, con la cual el autor manifiesta el fondo de su alma. Quien hace todo por Jesús ¿no amará á Jesús? Quien consagra á Jesús todos sus pensamientos y todos sus deseos ¿no amará á Jesús?

Contiene este libro la explicación del modo cómo podemos santificar todos los pasos de nuestra vida: esa explicación está hecha con grande claridad, con sencillez y con abundancia de doctrina. Hay mucha semejanza entre este libro y los consejos de San Francisco de Sales en sus admirables Cartas sobre puntos de doctrina espiritual, y parece que estas cartas se lo inspiraron al Padre Faber. Entre todas las obras del ascético inglés ninguna es más práctica que ésta: en las otras, el Padre Faber se mantiene en las regiones de la ciencia sagrada especulativa; en el *Todo por Jesús* desciende á la práctica. Leed y releed á menudo esta obra: meditadla y rumiadla á solas, principalmente el tratado sobre la gratitud que debemos á Dios.

EL CRIADOR Y LA CRIATURA, obra de profunda Teología, de elevada Filosofía y de acendrada piedad, es el coronamiento de la imperecedera fábrica ascética, levantada por el Padre Faber. En este libro hay capítulos, que no pueden leerse con el ánimo tranquilo; pues el autor nos lleva por la mano y nos coloca al borde de uno como abismo oscuro y sin fondo, en el cual es necesario fijar la vista y estarse contemplando algunos instantes. Tal es, por ejemplo, el capítulo en que el Padre Faber responde á esta pregunta: ¿qué es ser una criatura? Es imposible leer este libro, sin que se experimente una transformación saludable en el alma: uno es humilde, si quiera por un instante.

El Padre Faber era un gran teólogo, conocía los secretos de la ciencia de la Teología en todas sus partes, y había abrazado, con decisión, las opiniones de la escuela franciscana en muchos puntos y, principalmente, en lo relativo á la economía divina ó al plan eterno de la Encar-

nación, como lo manifiestan todos sus escritos. Y, en verdad, que esas opiniones son sublimes, y una como vislumbre extraordinaria de los arcanos de Dios.

Ciencia sólida y profunda, al servicio de un ingenio claro y perspicaz; talento literario de primer orden, consumada habilidad en el arte de escribir, y todo esto consagrado de corazón á la gloria divina; ahí tenéis las obras del Padre Faber.

Hizo el docto escritor inglés lo que los Hebreos, al salir de Egipto: recogió las excelencias de la literatura y construyó con ellas, como con oro purísimo, los vasos del santuario y el arca santa de la alianza. Todo su saber, todo su ingenio, todas sus dotes de gran poeta, de eximio literato y de diestro escritor las consagró á trabajos, en los cuales la gloria de Jesucristo fué su único objeto. Todo por Jesús fué su divisa.

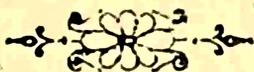
Por desgracia, las obras del insigne asceta del Oratorio de Londres no han sido traducidas bien del inglés al castellano, y,

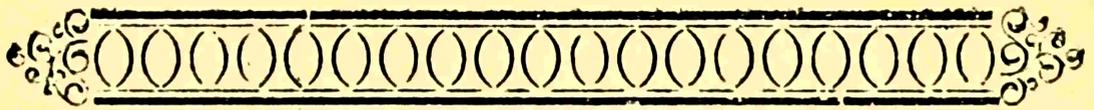
según nuestro juicio, solamente el *Todo por Jesús* ha tenido en nuestra lengua un intérprete hábil: las demás no lo han logrado hasta ahora. La obra sobre el Santísimo Sacramento se halla hasta mutilada. Sin embargo, á pesar de estar así desgredadamente traducidas, todavía han permanecido hermosas: ¿no es verdad que el oro, aunque esté muy empañado, siempre es oro, es decir el más precioso entre todos los metales? Léanse, no obstante, esas obras, que, aun así mal traducidas, no pueden menos de ser muy provechosas y muy saludables. El Padre Federico Guillermo Faber es el gran asceta del siglo décimo nono: ¿pensáis que en este siglo, en el siglo del vapor, del telégrafo y del ferrocarril, no habría quién trabajara por el progreso sobrenatural de las almas? ¡Cosas de Dios! En Inglaterra, en Londres, en la ciudad de las máquinas, en la metrópoli de la industria y del comercio, allí floreció el gran escritor ascético de nuestros tiempos; y cuando Albión

decía al mundo, con el estruendo de sus millares de fábricas: *Todo por el oro*; allí mismo, una voz elocuente ha clamado, diciendo al mundo entero: **TODO POR JESÚS.**



1890.

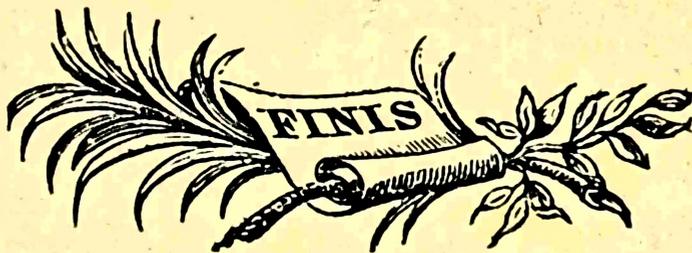




NOTA

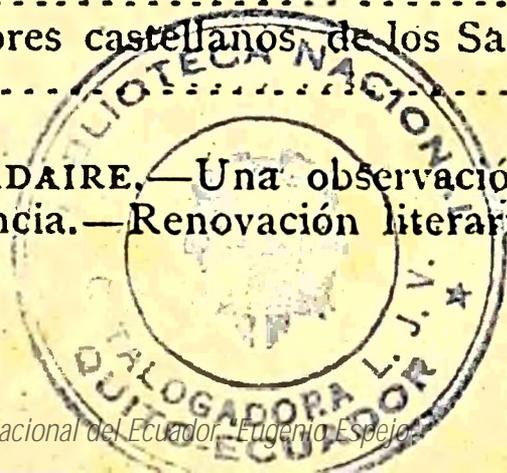


No se han traducido al castellano todas las obras del Padre Faber: además de las que hemos citado en nuestro artículo, debemos mencionar aquí *Los Cuentos de los Angeles*, opúsculo, cuya traducción se publicó en Barcelona, en 1880.— Después ha visto la luz pública, traducida también al castellano, la interesante obra del Padre Bowden titulada *Vida y Cartas del R. P. Federico Guillermo Faber*.— Dos volúmenes.



INDICE

	<u>PÁGS.</u>
ADVERTENCIA.....	III
DOS PALABRAS.....	V
CAPÍTULO PRIMERO.— <i>De los libros escritos en prosa.</i> —Definición de la Biblia.—División de los libros sagrados en clases, considerados literariamente.—Belleza en general.—Libros históricos.—Excelencia literaria de estos libros.—Libros doctrinales.—El Nuevo Testamento.—Discursos de Nuestro Señor Jesucristo.—Libros proféticos....	1
CAPÍTULO SEGUNDO.— <i>De los libros poéticos.</i> —Consideraciones generales.—De las obras poéticas en general.—Obras poéticas de la Biblia.—El libro de Job.—Los trenos de Jeremías.—El Cantar de Cantares.—Los Salmos.—Los Cánticos.—El Magnificat...	36
CAPÍTULO TERCERO.— <i>Comparaciones literarias.</i> —Fin de los escritores sagrados.—Causa de su superioridad respecto de los clásicos paganos.—Pasajes paralelos.—Conclusión.	75
NOTAS. — <i>Primera.</i> — Indicaciones bibliográficas.....	87
<i>Segunda.</i> —Del paralelismo en la poesía hebrea.....	90
<i>Tercera.</i> —Traductores castellanos de los Salmos.....	91
EL PADRE LACORDAIRE.—Una observación respecto de Francia.—Renovación literaria	



	PÁGS.
acaccida en Francia á principios de este siglo.—Actitud de Lamennais.—El Padre Lacordaire se asocia á Lamennais.—Carácter de la elocuencia de Lacordaire.—Necesidad y oportunidad de su predicación.—El Padre Lacordaire en el púlpito de Nuestra Señora de París.—El Padre Lacordaire como escritor.—Su patriotismo.—Sus virtudes como religioso.—Calumnias de que fué víctima.—Gloria del Padre Lacordaire.....	97
NOTAS.— <i>Nota primera</i> .—Bibliografía ú obras del Padre Lacordaire.....	139
<i>Nota segunda</i> .—Los biógrafos del Padre Lacordaire, ó noticias relativas á su vida y á su predicación.....	141
<i>Nota tercera</i> .—El liberalismo del Padre Lacordaire.....	143
 BÁLMEs. — (El Presbitero Don Jaime Bálmes).—Una observación.—Mérito literario de las Obras de Bálmes.—Sus escritos filosóficos.—El Criterio.—Bálmes apologista del Catolicismo.—Su opúsculo sobre Pío Nono.—Resumen.....	145
NOTA.....	169
 EL PADRE FABER.—(El Padre Federico Guillermo Faber).—Utilidad de las obras ascéticas en general.—Recomendación especial de las del Padre Faber.—Juicio acerca de estas obras.—Diferencia entre la Apologética y la Mística.—Carácter literario de las obras del Padre Faber.....	171
NOTA.....	193

